Universalización e historia

Pedro Pérez Herrero (coord.)

Universidad de Alcalá
INSTITUTO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS (IELAT)

Colección
Instituto de Estudios Latinoamericanos

UNIVERSALIZACIÓN E HISTORIA

PEDRO PÉREZ HERRERO
(Coord.)

UNIVERSALIZACIÓN E HISTORIA

INSTITUTO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2014

Con la colaboración de:

Proyecto: HAR 2011 - 15764 - E (subprograma de Historia)
Proyecto: HAR 2010 - 18363

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Edición al cuidado de Carmen Martínez Gimeno

© Pedro Pérez Herrero (coord.)
© Instituto de Estudios Latinoamericanos
© MARCIAL PONS
EDICIONES JURÍDICAS Y SOCIALES, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 MADRID
☎ (91) 304 33 03
www.marcialpons.es

ISBN: 978-84-9123-180-6

ÍNDICE

Pág.

PRESENTACIÓN, *Pedro Pérez Herrero* 9

REFLEXIONES PARA COMENZAR UN DEBATE, *Pedro Pérez Herrero* 11

1. Introducción 11
2. Universalización, nacionalismos y glocalización en América Latina 13
3. Algunas propuestas 21

GLOBALIZACIÓN. HISTORIA Y REDES SOCIALES, *Marcello Carmagnani* 25

HISTORIOGRAFÍA EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN, *Walther L. Bernecker* 41

HISTORIA E HISTORIADORES EN PERSPECTIVA: CONCEPTOS, IDEAS Y REALIDADES, *Eduardo Cavieres Figueroa* 49

1. Un paréntesis: América Latina y la Unión Europea 54
2. Volviendo a la historia en general 57

REFLEXIONES SOBRE HISTORIOGRAFÍA: ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO, *Horst Pietschmann* 63

1. Introducción 63
2. Una mirada histórico-política a los problemas actuales 64
3. Algunas experiencias personales de interés historiográfico... 68
4. ¿Qué conclusiones cabe extraer de estas experiencias? 71
5. Perspectivas para el futuro 75

BIBLIOGRAFÍA 77

SOBRE LOS AUTORES 85

PRESENTACIÓN

Los textos que ahora se publican fueron presentados en una primera versión para su discusión en el Coloquio internacional «Universalización, nacionalismos e identidades: una reflexión desde la historia» que se celebró en la Universidad de Alcalá el miércoles 5 de diciembre de 2012. Además de los autores que firman los capítulos de este libro, participaron como ponentes en él José Álvarez Junco (Universidad Complutense), Javier Garciadiego (El Colegio de México), Antonio Moreno Juste (Universidad Complutense), Juan Carlos Pereira (Universidad Complutense), Germán Ríos (CAF-banco de desarrollo de América Latina) y Nuria Tabanera (Universidad de Valencia). Los comentarios y opiniones de los participantes impulsaron una reflexión historiográfica de profunda calidad académica. Las ideas de unos y otros han sido recogidas en los capítulos de este libro. Gracias a todos por su colaboración y por haber impulsado este importante debate. Un mundo global necesita ser repensado desde perspectivas históricas plurales. Es preciso revisitar el pasado para construir marcos de convivencia interculturales pacíficos basados en el diálogo.

El Coloquio internacional «Universalización, nacionalismos e identidades: una reflexión desde la historia» contó con el apoyo financiero del Ministerio de Economía y Competitividad de España a través del Proyecto de Acciones complementarias, subprograma de acciones complementarias, convocatoria 2011 HAR 2011-15764-E (subprograma de Historia); y del Proyecto de investigación HAR 2010-18363. Pedro Pérez Herrero es el investigador principal de ambos proyectos de investigación. El Colegio de México, CAF-banco de desarrollo de América Latina, la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, y el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la

Universidad de Alcalá participaron en la organización del coloquio y respaldaron con diferentes recursos su celebración. Queremos expresar nuestro agradecimiento a todas las instituciones mencionadas por haber hecho posible primero la realización del coloquio y ahora la edición de este libro.

Pedro Pérez Herrero

REFLEXIONES PARA COMENZAR UN DEBATE

Pedro PÉREZ HERRERO
Universidad de Alcalá

1. INTRODUCCIÓN

El presente ensayo propone reflexionar sobre algunos retos del quehacer de los historiadores a comienzos del siglo XXI [1]. Una realidad manifiesta de nuestros días es que se han transformado las fronteras de las naciones, los Estados y los mercados a lo largo y ancho del globo terráqueo; y que las identidades nacionales están variando. Los medios de comunicación nos muestran a diario que los gobiernos de los Estados han perdido fuerza tanto hacia arriba (como consecuencia de la presencia de organismos multilaterales) como hacia abajo (resultado de los procesos de descentralización política), que la globalización económica ha reducido el margen de maniobra de los mercados nacionales, que un reducido número de especuladores («mercados financieros») imponen sus criterios de política económica a escala planetaria, restando soberanía a los Estados —con el consiguiente desprestigio de la política y las ideolo-

[1] Las ideas centrales de este texto proceden de Pedro PÉREZ HERRERO, «Identidades cruzadas en un mundo universalizado, 1810-2010», en Amaya DE MIGUEL (coord.), *América Latina 1810-2010. 200 años de historias*, Madrid, Biblioteca Nacional de España, Acción Cultural Española, 2011, pp. 87-101; y de Pedro PÉREZ HERRERO, «México y sus revoluciones desde la atalaya de 2010», ponencia presentada en el Seminario Internacional «A dos siglos de las revoluciones de independencia: los contextos de los centenarios y los bicentenarios (Argentina y México)», Gandía, Universidad de Valencia (España), 20-22 de octubre de 2010 (en prensa).

gías al aumentar la sensación entre las ciudadanías de que carecen de dirigentes políticos capaces de diseñar un modelo de Estado y de sociedad por el que luchar en el futuro—, que las emigraciones internacionales están impulsando cambios en las percepciones de las identidades nacionales, y que algunos valores locales, etnoculturales y religiosos del pasado han comenzado a reaparecer ante la extrañeza de los que interpretaban que eran reliquias fosilizadas [2]. La velocidad y el abaratamiento de los medios de comunicación han supuesto que el mundo esté mejor interconectado, pero ello no se ha traducido en una homogeneización cultural, como algunos analistas temían. La uniformización económica tampoco ha llegado, pues se puede comprobar que los diferenciales de renta entre países desarrollados y en desarrollo han seguido aumentando, del mismo modo que la distribución del ingreso dentro de cada uno de los países no ha mejorado en la medida que algunos economistas habían augurado. Sin duda, no estamos en condiciones de afirmar que nos hallamos ante el anunciado final de la historia [3].

Ciertos pensadores catastrofistas han planteado que el choque entre culturas, la contienda entre religiones y el desajuste medioambiental son inminentes e inevitables a comienzos del siglo XXI. Los más fundamentalistas interpretan que la situación actual es la consecuencia natural de la injerencia del ser humano en el camino trazado por el Creador. Un segundo grupo de analistas ha preferido girar la mirada hacia la multitud de pueblos y culturas no occidentales para averiguar si existen allí atisbos de formas alternativas que permitan construir un mundo más plural y con menos desigualdades.

Para tratar de explicar la situación de comienzos del siglo XXI, se ha alegado desde la academia que los principios políticos liberales decimonónicos sobre los que se construyeron las sociedades democráticas actuales del mundo occidental no cumplen ya con su cometido, porque se ha dejado de garantizar la convivencia pacífica entre los distintos grupos de poder, sociales, culturales y religiosos, y han aumentado las desigualdades sociales. Algunos investigado-

---

[2] Guillermo DE LA DEHESA, *Comprender la globalización*, Madrid, Alianza Editorial, 2000; Montserrat GUIBERNAU, *Los nacionalismos*, Barcelona, Ariel, 1996; Samir AMIN, *El capitalismo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós, 1999; Samuel HUNTINGTON, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración de orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997; Antonio GARCÍA GUTIÉRREZ, *Pensar en la transcultura,* Madrid, Plaza y Valdés, 2011; Sonia VALLE DE FRUTOS, *Cibercultura y civilización universal. Hacia un nuevo orden cultural*, Barcelona, Erasmus Ediciones, 2010.

[3] Francis FUKUYAMA, *El fin de la historia y el último hombre*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

res interpretan que debe restablecerse el orden y equilibrio perdidos fortaleciendo la arquitectura institucional heredada del pasado. Consideran que los principios del liberalismo político siguen estando vigentes y que los desequilibrios sociales representan peligrosas desviaciones del modelo que han de corregirse cuanto antes. Un resultado preocupante de estas interpretaciones estereotipadas es que muchos ciudadanos, afectados por la ola de pesimismo y por la aceptación del discurso de «sálvese quien pueda» que se nos muestra como inevitable, han comenzado a contemplar con mejores ojos los regímenes autoritarios y los discursos xenófobos defensores del orden jerárquico-autoritario-policial, aun a sabiendas de que ello implica renunciar a algunas de las libertades y los derechos adquiridos con tanto esfuerzo durante los últimos siglos. Por el contrario, otros estudiosos plantean que convendría establecer un diálogo entre todas las partes para tratar de adaptar los organismos nacionales existentes a las nuevas demandas sociales y culturales universalizadas e idear una arquitectura institucional que permita la construcción de un mundo plural que reconozca y respete las diferencias. Unos escriben una historia acabada y cerrada, concibiendo un futuro único incuestionable. Otros plantean que para poder imaginar en libertad diferentes posibilidades de futuro es preciso reabrir los senderos del pasado. Hablan de narrar una nueva historia universal, necesariamente no occidentalizada y no circunscrita a las fronteras nacionales, acorde con el mundo plural de la globalidad del siglo XXI[4].

Terminada la primera década de este nuevo siglo, es evidente que no se ha producido un acercamiento de posturas sino más bien un enrocamiento en las distintas tesis enunciadas, debido en buena medida a que muchas se retroalimentan entre sí. Sin duda, ahora más que nunca es necesaria una reflexión que nos permita relacionar los proyectos de futuro, la coyuntura actual y las narraciones del pasado que se manejan.

2. UNIVERSALIZACIÓN, NACIONALISMOS Y GLOCALIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA

La situación de América Latina en 2013 muestra semejanzas y diferencias con el resto de las regiones del mundo. Un hecho dife-

[4] Peter N. STEARNS, *Una nueva historia para un mundo global. Introducción a la «World History»,* Barcelona, Crítica, 2012.

rencial indiscutible es que las economías latinoamericanas (medidas en macromagnitudes con datos de la CEPAL, el BID, el BM y el FMI) presentan tasas de crecimiento económico superiores a las de Estados Unidos y la Unión Europea (oscilando entre las más altas de Brasil y las menores de Centroamérica). Desde el punto de vista político, se constata que se han instalado en la región regímenes democráticos (en su definición minimalista). Todos los gobiernos (salvo el caso de Cuba) han sido elegidos desde la década de 1980 mediante la celebración de comicios transparentes, se ha procedido en bastantes casos a la alternancia política, y se han frenado los distintos intentos de golpes de Estado. Desde el punto de vista social, se aprecia que las fuertes tensiones existentes ya no se resuelven recurriendo a la violencia, sino en el marco constitucional de las instituciones vigentes (partidos políticos, sindicatos), con lo que las revoluciones se han convertido en un recuerdo del pasado. Por supuesto, siguen existiendo problemas. Nadie pone en duda que es preciso seguir trabajando para mejorar la calidad de la democracia y garantizar el funcionamiento transparente de las instituciones, requisito indispensable para el desarrollo de los Estados de derecho. Preocupa la extensión de los sistemas populistas demagógicos, la reducida confianza que despiertan los políticos en la ciudadanía, la expansión del narcotráfico, el avance de la corrupción y la inseguridad, el deterioro institucional, el deficiente funcionamiento de la justicia, la desigual distribución de la riqueza, el aumento de las tasas de paro y la generalización de la pobreza, pero debe tenerse en cuenta que estos problemas no son males específicos y exclusivos de la región.

El incremento de la informalidad, la transformación de las clases medias, la extensión del desempleo entre los sectores jóvenes de la sociedad, la narcotización de la política y la intensificación de los flujos migratorios son hechos también generalizados a escala universal, pero se puede advertir que están teniendo consecuencias especiales en algunas regiones de América Latina. En concreto, llaman la atención las modificaciones en la percepción de las identidades colectivas que se están produciendo en los últimos años. Como es natural, es complicado generalizar, pues cada grupo sociocultural muestra intensidades, tonalidades y características propias. Ante el aumento de la inseguridad laboral y la desconfianza en los sistemas públicos de protección social, así como la creciente descentralización y competencia de los mercados internacionales, parte de la mano de obra ha optado por un proceso de autoexplotación en

condiciones miserables de trabajo para poder subsistir (las maquilas) o bien ha decidido emigrar a otras regiones (dentro y fuera del continente) para encontrar las posibilidades de sustento que no le ofrecen sus países de origen.

Cuando se estudian los procesos migratorios, se detecta que los millones de emigrantes procedentes de múltiples regiones latinoamericanas no llegan a sus destinos (América Latina, Estados Unidos, Unión Europea) de forma directa como resultado de un único desplazamiento, sino que se embarcan en un viaje permanente en el que cada punto de llegada se convierte en un nuevo punto de partida hacia un futuro en movimiento constante. En este permanente deambular, los emigrantes portan consigo sus culturas, pero van incorporando valores nuevos a medida que se desplazan, con lo que sus referentes identitarios originales se van modificando. Ello provoca que con el paso del tiempo muchos de los migrantes dejen de identificarse plenamente con sus connacionales de las regiones de origen, pero que tampoco conecten por completo con las sociedades de acogida ni con las regiones por las que han transitado. Se convierten así en trasterrados permanentes que van construyendo sus propias identidades. Son ciudadanos del mundo que no se acomodan del todo a los discursos nacionales de salida, tránsito ni llegada. Lo que interesa ahora subrayar es que estos colectivos se van alejando de las narrativas históricas nacionales debido a que estas tienen un ritmo de adaptación más lento. Los migrantes van quedando huérfanos de las historias de sus madres patrias respectivas pero a la vez les cuesta incorporarse de lleno a las narrativas históricas de los países de llegada. A su situación de marginación social añaden ahora su condición de ciudadanos obligados a aprender a vivir en los márgenes de la épica nacional. Son doblemente desplazados.

Debe destacarse además que estos sentimientos de desarraigo descritos con respecto al país de origen no son exclusivos de los emigrantes ni de América Latina en particular, ya que todas las fuentes coinciden en señalar que se dan también entre los millones de habitantes de cualquier nación que trabajan en condiciones de informalidad. El creciente número de jóvenes con buena preparación que no consiguen su primer trabajo en el sector laboral para el que se han cualificado está generando tensiones palpables en todo el mundo. Estos colectivos contribuyen mínimamente a las arcas del Estado con impuestos directos sobre la renta de su trabajo (o no tienen contratos o tienen «contratos basura»), pagan impuestos indirectos (IVA, injusto por ser fijo y de carácter regresivo) y reci-

ben reducidos derechos sociales. En consecuencia, no se vinculan con los partidos políticos ni los sindicatos porque consideran que no les representan adecuadamente y no se identifican tampoco con las ideologías políticas vigentes ni con las religiones tradicionales porque no conectan con sus lenguajes. No es casual, por tanto, que en estos espacios crezcan exponencialmente distintas formas de asociacionismo. Las maras, las bandas y las mafias son la expresión violenta de la capacidad cohesiva de estas nuevas «familias» generadas en los sectores de menos recursos y más alejados de los servicios del Estado. A su vez, la disminución de las prestaciones sociales (educación, sanidad, seguridad) por parte de los Estados, debido a la crisis económica, la reducción de los ingresos públicos y el aumento de la corrupción, fomenta sentimientos de no pertenencia al colectivo nacional en estas amplias capas de población. Se consideran traicionados, desheredados y desconectados del proyecto común del que formaban parte sus padres y abuelos. Se sienten distanciados de la historia nacional y como reacción ocupan simbólica y pacíficamente las plazas de las ciudades o rodean los edificios del Congreso para denunciar su situación y reclamar un lugar en la sociedad. Al percibir que han quedado excluidos del proyecto nacional, suelen adoptar valores alternativos para subrayar su alteridad [5].

Los cambios en la educación y los avances en los medios de comunicación contribuyen a intensificar estos procesos. En el caso de las poblaciones de migrantes, los hijos de las familias no están recibiendo una educación como la del pasado que hacía hincapié en sentimientos unificadores patrios y, a su vez, la inmediatez de las comunicaciones (las tradicionales más las nuevas posibilitadas por Internet) está propiciando la construcción de identidades virtuales transnacionales. Por su parte, la familia se ha transformado porque ha variado su arquitectura. Uno de los ejemplos es la potenciación del papel de la mujer en los colectivos de migrantes ante el aumento de las unidades monoparentales, resultado de la ausencia del padre en busca de trabajo; otro es el nuevo papel desempeñado por los abuelos en algunas sociedades europeas al verse obligados a sostener con sus pensiones la unidad familiar extensa en la que buena parte de sus integrantes se encuentran en el paro [6].

---

[5] Marianne Braig y Anne Huffschmid (eds.), *Los poderes de lo público. Debates, espacios y actores en América Latina*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2009.

[6] Michael Mann, *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Madrid, Alianza Universidad, vol. 1, 1991; vol. 2, 1997. Ana María Rivas Rivas (ed.), *Familias transnacionales*

No obstante, el hecho de que la patria chica crezca no debe interpretarse como el final inevitable y automático de la antigua nación. Los usos y costumbres de los distintos colectivos sociales y culturales se están reacomodando; lo global se está vinculando con lo local, dando lugar a los procesos de *glocalización;* y se está esbozando una nueva arquitectura de relaciones cruzadas e identidades supranacionales. Lo universal está posibilitando el resurgimiento de lo local, y la vigorización de lo micro está favoreciendo la construcción de escenarios macro. Los sentimientos nacionales se están transformando pero no desapareciendo: en cada región y localidad se están modificando con matices, intensidades, velocidades y rutas distintas, por lo que es complicado establecer generalizaciones.

La multitud de historias de vida diversas que se han recopilado en los últimos años muestran que en muchas ocasiones los emigrantes prefieren identificarse con sus familias, linajes o pueblos sin que ello constituya una renuncia a sus lazos nacionales de origen o un rechazo a las sociedades donde se insertan. Dichas historias de vida revelan que es más fácil transportar de un lado a otro las identidades familiares en mudanza constante que adaptarse a los discursos nacionales de los lugares de llegada o conservar intactos los de salida. En las ciudades de destino (Los Ángeles, San Francisco, San Diego, Texas, Chicago, Miami, Madrid, Barcelona, Murcia, Buenos Aires, São Paulo, Lima, México, etc.) los migrantes latinoamericanos tratan de apoyarse en asociaciones y redes familiares para subsistir en un medio hostil, en el que no tienen fácil acceso a los servicios de protección social (sanidad, educación, desempleo, jubilación) ofrecidos por los Estados. Estas «patrias chicas» están desarrollando discursos identitarios basados en la solidaridad y la convivencia que no dependen de una narración basada en la negación del contrario, como ocurre con frecuencia en los discursos nacionalistas [7].

---

colombianas. Transformaciones y permanencias en las relaciones familiares y de género, Madrid, La Catarata, 2009.

[7] Alejandro Moreno *et al.*, *Buscando padre. Historia de vida de Pedro Luis Luna*, Caracas, Universidad de Carabobo, 2002; J. Balán (comp.), *Las historias de vida en ciencias sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992; Ruth Behar, *Translated Woman: Crossing the Border with Esperanza's Story*, Boston, Beacon Press, 2003; Ángel Díaz de Rada, *Etnografía y técnicas de investigación antropológica,* Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2005; Manuel García Ferrando, Jesús Ibáñez y Francisco Alvira, *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid, Alianza Universidad, 1986; José Miguel Marinas y Cristina Santamaría, *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993; Alejandro Moreno Olmedo, *La familia popular venezolana*, Caracas, Centro de Investigaciones Populares, 1997; Alejandro Moreno *et al.*, *Historia de vida de Felicia Varela*, Caracas, Fondo

Las investigaciones académicas realizadas en los últimos años parecen indicar que los sentimientos nacionales no deben conceptuarse como problema, sino más bien como síntoma de que hay otras variables que están evolucionando con rapidez. No parece, por tanto, pertinente seguir sosteniendo que las transformaciones sufridas en los sentimientos nacionales son una traición a los valores patrios. Una vez consumadas las independencias, las repúblicas latinoamericanas construyeron discursos identitarios con la misión de transmitir unos valores propios diferenciadores del resto para aglutinar a todos los miembros de una colectividad social y política que era plural y heterogénea [8]. Los problemas que surgieron no fueron pocos, pues la narración elaborada debía vincular los distintos colectivos humanos, con tradiciones culturales diversas, y además interconectar a los grupos de poder regionales con intereses políticos y económicos a veces en pugna. Las gestas y los héroes surgidos como resultado de las batallas independentistas facilitaron la creación de una narración dicotómica de triunfadores-derrotados que ayudó a superar las diferencias. Los historiadores de la época subrayaron que la legitimidad política de los Estados-nación surgidos de las guerras de independencia descansaba ineludiblemente en la sanción de las constituciones de las respectivas repúblicas, entendidas como actas de nacimiento fundacional. Eran el aldabonazo de salida para los nuevos Estados tras las guerras de independencia (interpretadas como luchas revolucionarias), a la vez que la confirmación solemne de los logros alcanzados en las batallas. De ahí que se gastara tanta tinta en narrar las guerras independentistas y se empleara tanto tiempo y empeño en subrayar la importancia de las constituciones que dieron vida a las repúblicas [9].

Editorial CONICIT, 1998; Alejandro MORENO *et al.*, *Y salimos a matar gente. Investigación sobre el delincuente venezolano violento de origen popular*, 2 vols., Caracas, Universidad de Zulia, 2007; Rafael TORRES, *Yo, Mohamed. Historias de inmigrantes en un país de emigrantes*, Madrid, Temas de Hoy, 1995; M.ª D. VARGAS y M.ª J. ESCARTÍN, «Testimonios vivos. La diferencia cultural determinante en la realidad de la inmigración», en A. KAPLAN (coord.*), Procesos migratorios y relaciones interétnicas*, Zaragoza, 1996, pp. 139-144.

[8] José María PORTILLO VALDÉS, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Fundación Carolina-Marcial Pons, 2006.

[9] José Carlos CHIARAMONTE, Carlos MARICHAL y Aimer GRANADOS (comps.), *Crear la Nación. Los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008; Jaime E. RODRÍGUEZ O. (ed.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Madrid, Fundación MAPFRE Tavera, 2005; Rafael ROJAS, *Las Repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009.

Durante el siglo XIX la mayoría de los pensadores que construyeron estas narrativas históricas nacionales confiaban en que conforme fuera pasando el tiempo se iría difuminando el color distintivo de los diversos colectivos socioculturales de finales del siglo previo. Una sociedad más pacífica y homogénea culturalmente iría borrando las barreras de la sociedad de antaño, marcada por el color de la piel y las diferencias estamentales. No obstante, los datos históricos muestran que los procesos fueron más complejos y menos lineales de lo previsto. Curiosamente, en algunos casos la incorporación de nuevas prácticas políticas (elecciones, sistema de partidos), económicas (ampliación de la lógica de mercado) y sociales (extensión de las clases medias urbanas, inmigración-emigración) dio lugar a situaciones inéditas distintas de las esperadas. En ciertas ocasiones, las nuevas prácticas políticas liberales no solo posibilitaron la pervivencia de antiguas tradiciones culturales, sino que a veces las reforzaron. Las economías informales se convirtieron para muchos en el único mecanismo a su alcance para competir en la lógica de mercado; la familia y el régimen comunitario siguieron ofreciendo al individuo la ayuda y la protección que el Estado no era capaz de prestar; la emigración pasó a ser una válvula de escape y, al mismo tiempo, un mecanismo que facilitó la propagación de algunas tradiciones locales; y las nuevas comunicaciones no se tradujeron en una homogeneización automática de todas las culturas, como algunos analistas habían anunciado, sino que permitieron en ciertos casos su preservación así como la construcción de otras nuevas. Con frecuencia la guerra y los conflictos violentos se tornaron en escenarios donde negociar el triunfo o la derrota, por lo que el desorden se convirtió en un mecanismo difícil de erradicar. Los pactos y las componendas no escritas tuvieron más peso que la ley al permitir negociar el orden sobre la base de la distribución de privilegios y favores [10].

A comienzos del siglo XXI se comprueba que uno de los principales retos es que cada día resulta más difícil combinar pacíficamente los discursos nacionalistas con los regionalistas, localistas, etnicistas o religiosos. Todo se complica más cuando debemos hacerlo en el contexto de la lógica de los partidos políticos (nacionales) y a su vez vincularlo con los intereses de los mercados internacionales. Sin duda, cuesta combinar la pluralidad partiendo del principio liberal

[10] Pedro PÉREZ HERRERO, «Las independencias americanas. Reflexiones historiográficas con motivo del Bicentenario», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 32 (2010), pp. 51-72.

decimonónico de la igualdad ante la ley. Una misma ley igual para todos (cuando la sociedad es heterogénea) no se combina bien con la defensa de los usos y costumbres de los distintos pueblos sin provocar aculturaciones forzosas. Las sociedades estamentales de Antiguo Régimen permitieron la coexistencia parcial de tradiciones culturales a cambio de impedir la maduración de los principios liberales democráticos. Las revoluciones liberales conquistaron la libertad a cambio de dificultar la diversidad.

Parece, por tanto, necesario realizar una reflexión académica sobre las formas como se ha narrado el pasado para estar en disposición de imaginar una nueva épica que permita construir un mundo más flexible y pacífico, a la vez que incluyente. No se debe negar el pasado, olvidarlo o inventarlo. Tampoco idealizarlo o encapsularlo en unos actores preseleccionados. No se puede seguir narrando un pasado cerrado unilateral de vencedores y vencidos, ni tampoco dejar huérfanos de historia a millones de individuos de desplazados. Tampoco parece viable que estos colectivos de migrantes tengan que incluirse sin más en la narrativa de unas historias nacionales excluyentes. La narrativa histórica debe adaptarse a los nuevos tiempos. Un mundo global requiere la construcción de una historia plural y universalizada que muestre la compleja variedad de sus actores y sus respectivas dinámicas. Se avanzó mucho en la Unión Europea (son clásicos los ejemplos de Francia, España o Italia) a lo largo del tercer cuarto del siglo XX en la fabricación de historias regionales o locales con la finalidad de sacar a la luz colectivos que habían quedado olvidados, pero se ha comprobado que si bien se realizó una importante tarea de recuperación de fragmentos de la historia que desconocíamos, se ha demostrado que estos discursos narrativos regionalistas han acabado reproduciendo en muchos casos a escala local los ejes centrales de las historias nacionales que decían combatir. Se cambió el gran angular por una lente de aproximación, pero se repitieron los esquemas analíticos polarizados excluyentes de las historias nacionales (los de dentro contra los de fuera), dejando en consecuencia una vez más sin voz a muchos individuos.

Hace falta impulsar una historia de lo micro capaz de dar voz a la extensa variedad de participantes que quedan fuera de los guiones nacionalistas y regionalistas. Una historia a escala humana que a modo de película muestre el colorido de la sociedad en movimiento, en vez de los retratos fijos en blanco y negro de personalidades (héroes, caudillos, revolucionarios, por lo general varones), grandes colectivos anónimos (clases sociales, partidos, sindicatos, grupos de

poder e influencia) o regiones [11]. La universalización no debe entenderse como sinónimo de homogeneización de las culturas, ni como la preeminencia de las visiones macro. El rescate del ser humano, junto con el cruce de tradiciones, deben entenderse como riqueza, no como oposición ni menos aún como pérdida de valores [12].

3. ALGUNAS PROPUESTAS

A comienzos de 2014 se comprueba que el mundo sigue, como siempre lo ha hecho, en permanente movimiento y transformación. Lo más novedoso es verificar que la intensidad y rapidez de los cambios exige elaborar una narrativa del modelo de sociedad que queremos construir, un discurso épico renovado que nos permita imaginar un futuro pacífico y plural. Ello supone repensar las interpretaciones que se han hecho del pasado. No se trata de renunciar a la historia o idealizarla, sino de revisitarla para superar algunos estereotipos que están generando en la actualidad más dudas que seguridades y, por tanto, dificultando imaginar los posibles escenarios de futuro.

Los datos manejados en este ensayo parecen indicar que mediada la segunda década del siglo XXI, América Latina necesita construir un nuevo discurso identitario acorde con los retos de la universalización y basado en la recuperación de unos pasados plurales. El futuro no puede cimentarse con pies de barro y partiendo de unas fronteras geográficas inmutables. No se trata de negar los discursos nacionales, sino de adaptarlos a las nuevas circunstancias. Los migrantes latinoamericanos se han dispersado por todo el mundo y se han multiplicado las inversiones de empresas extranjeras en América Latina. Ya no es posible entender la historia latinoamericana estudiando solo los acontecimientos dentro de sus fronteras. América Latina y el mundo han profundizado sus interrelaciones.

En un mundo universalizado es preciso construir una nueva arquitectura institucional que permita la convivencia pacífica a unas sociedades cada día más plurales en las que las identidades se

---

[11] Enrique KRAUZE, *Redentores. Ideas y poder en América Latina*, Barcelona, Debate, 2011.

[12] Pedro PÉREZ HERRERO, *Historia contemporánea de América Latina 1950-1980. Auge y caída de la autarquía*, Madrid, Síntesis, 2007; Pablo SÁNCHEZ LEÓN y Jesús IZQUIERDO MARTÍN (eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008.

cruzan sin anularse. La enseñanza que nos está dejando el tiempo presente es que los discursos basados en la negación del contrario han de ceder paso a otros más plurales e integradores; y que las historias nacionales unificadas e invariables en el tiempo se deben enriquecer con la incorporación de otras historias que muestren las distintas caras del ser humano. Los fundamentalismos, las soluciones demagógico-populistas y los regionalismos soberanistas están cosechando algunos éxitos en el corto plazo en algunas partes, pero sabemos que no tienen mucho futuro a largo plazo porque medran fomentando posturas maniqueas, apoyándose en argumentos victimistas y manteniendo las desigualdades para seguir legitimando las soluciones mesiánicas que propugnan. El Renacimiento (siglo XVI), la Ilustración (siglo XVIII) y el liberalismo político (siglo XIX) pusieron las bases del mundo moderno y lograron, no sin problemas, establecer una separación entre ciencia (razón) y religión (creencias privadas) para impulsar el conocimiento científico y el engrandecimiento del Estado. No parece pertinente desandar el camino para enfrentar de nuevo la razón pública del Estado con la fe privada de los individuos, ni seguir narrando únicamente historias de líderes mesiánicos o masas. Las tradiciones historiográficas del culto al héroe (representadas en la obra de Thomas Carlyle), la mitificación de la revolución (personificada en los escritos de Karl Marx) o la defensa de los enfoques regionalistas-localistas tienen que incorporar la comprensión de lo micro y los enfoques globales. Se requiere una nueva historia para un mundo global.

La América Latina de hoy sigue en permanente evolución. A comienzos del siglo XVI los espacios americanos fueron incorporados de forma brusca y por la fuerza a los mercados internacionales e integrados en las estructuras culturales y de poder occidentales, pero ello no significó la pérdida total de las tradiciones de sus pueblos. Se inició una historia de ida y vuelta, de cruce de caminos, de influencias recíprocas, de mestizajes culturales no siempre pacíficos —cruce de tradiciones culturales americana, occidental, africana y asiática— que dio lugar a un conjunto poliédrico de múltiples caras que no puede contemplarse desde un solo ángulo ni desde una única época. A comienzos del siglo XXI los latinoamericanos se han expandido pacíficamente por el mundo y se han multiplicado los préstamos culturales. América Latina ya no termina en sus fronteras naturales geográficas: se ha desbordado. El Atlántico y el Pacífico se han convertido en Mediterráneos que vinculan tradiciones y cruzan historias. Quizá una de las lecciones de los bicentenarios haya

sido que los discursos nacionales del siglo XIX deben ser adaptados a las exigencias del guión que imponen las sociedades del siglo XXI. Puede que estemos ante el inicio de un nuevo Renacimiento que nos permita evitar el regreso a edades medievales. El tiempo lo dirá. No podemos seguir diseñando un futuro negando el pasado, ni continuar viviendo eternamente en un pretendido presente inmóvil que basa su legitimidad en la defensa de un pretérito idealizado.

En el resto del mundo, durante los años 2010-2013 se han producido revueltas sociales cuyos ecos han sido ampliados por los medios de comunicación (Islandia, mundo islámico, España, Italia, Grecia, Portugal, Alemania, Inglaterra, Holanda, Europa oriental, China, Estados Unidos, Chile, Argentina, Venezuela, México, Brasil, etc.). Los *indignados* no paran de denunciar privilegios, favores, corrupciones e impunidades. Es cierto que no tienen un programa de acción concreto y que no conforman partidos políticos ni sindicatos. Se manifiestan en las plazas de las ciudades, y las redes sociales les brindan un altavoz que hace sonar sus *gritos callados* en todo el mundo. Mientras tanto, el modelo de la sociedad del bienestar en la Unión Europea se tambalea por la miopía de algunos individuos disfrazados de políticos. Las sociedades demandan soluciones urgentes a sus problemas reales inmediatos, mientras que los que ocupan cargos de representación política se dedican a idear mecanismos que les faciliten mantenerse en el poder a través de la distribución discrecional de favores y prebendas a cambio de lealtades. A su vez, los agentes económicos imponen unas reglas de mercado asumidas como universales y únicas para todo el mundo. No es casual que unos desconfíen de los otros y que cada día cueste más alcanzar consensos, pues cada colectivo parte de unas reglas de juego distintas. Es preocupante constatar cómo las sociedades desencantadas aceptan día a día como tabla de salvación ciertas posiciones fundamentalistas demagógicas y que incluso se llegue a plantear en casos extremos el regreso de las dictaduras como un mal menor para restaurar el imperio del orden y la seguridad perdidos.

Urge diseñar el modelo de sociedad que se quiere construir para las próximas décadas. No se trata de ganar o perder las próximas elecciones, sino de anteponer el bien común. Se precisa generar un sueño por el que seguir luchando. No es suficiente con indignarse. No es cuestión tampoco de repetir mecánicamente las utopías del pasado, ni de declarar inútil lo conseguido hasta el momento. Hay que seguir perfeccionando la estructura institucional del Estado a fin de erradicar los vicios generados en las últimas décadas y posi-

bilitar la construcción de sociedades plurales pacíficas en las que se garantice la convivencia y el respeto al otro. Se requiere una economía con rostro humano que no siga obsesionada por la ampliación hasta el infinito de las tasas de crecimiento. No se discute que la legitimidad del poder ha de seguir basándose en el funcionamiento de sistemas electorales transparentes, pero también hay que evitar que las mayorías aplasten a las minorías y las dejen sin voz. La democracia debe basarse en el respeto a las minorías. Los partidos políticos, la patronal y los sindicatos tienen que adaptarse a los nuevos tiempos y conectar mejor con la sociedad a través de las redes sociales. Lo preocupante no es que no sepamos cómo se remedia todo esto, sino que no se planteen con claridad las preguntas necesarias y que no se disponga de los medios adecuados para salir del atolladero en el que nos encontramos.

América Latina y el mundo necesitan historiadores preparados que interpreten el pasado para poder imaginar el futuro en libertad sin dogmatismos ni modelos enlatados ya prefabricados. Se ha afirmado que los pueblos que olvidan el pasado tropiezan en la misma piedra y se ha repetido que la historia es la maestra de la vida que ayuda a formar a los ciudadanos. No obstante, es preciso recordar también que el futuro no puede ser una mera copia de los proyectos del pasado. Pero aunque no puede ni debe negarse, cambiarse o idealizarse ese pasado, también es cierto que permanece vivo en la medida en que es el resultado de las interpretaciones que hacemos desde unos presentes cambiantes. El futuro no es único ni está escrito. No estamos ante el final de la historia, sino ante su continuo replanteamiento. No es posible imaginar el futuro desconociendo el pasado, pero tampoco parece apropiado caer en el fatalismo de sostener que el pasado condiciona y prefigura el futuro. Pasado, presente y futuro se entrelazan posibilitando una narración legitimadora de un proyecto. Necesitamos imaginar el modelo de sociedad que queremos tener dentro de cien años y para ello se debe repensar en libertad una vez más el pasado.

GLOBALIZACIÓN. HISTORIA Y REDES SOCIALES

Marcello Carmagnani
Fondazione Luigi Einaudi

Entre los numerosos méritos de Pedro Pérez Herrero debe mencionarse que no olvida, como consta en el título del coloquio internacional que dirigió, que es nuestra obligación reflexionar desde la historia para entender nuestro presente y nuestro futuro.

En esta fase de la historia contemporánea, definida como globalización, la historia está ausente mientras podría desempeñar un papel importante para la comprensión de su forma histórica. El regreso de la historia al debate público podrá acontecer si abandona la actitud que la empuja a examinar los hechos del pasado a la luz casi exclusiva de la búsqueda de una identidad, fundada en la idea mítica de una sociedad inalterable. No se comprende por qué el interés por la identidad ha hecho olvidar la importancia de los cambios generacionales y, más en general, las transformaciones que afectan las acciones de los individuos y de las comunidades humanas, y repercuten, por lo tanto, en nuestras identidades.

Tampoco la historia podrá volver a ser una disciplina capaz de entender el presente y el futuro si se aferra a la reconstrucción erudita de hechos o conjuntos de hechos y no es capaz de analizarlos tomando en cuenta los conceptos elaborados por la historia crítica, así como los conceptos de las demás ciencias humanas y sociales. Si elaboráramos nuestro análisis tomando en cuenta las aportaciones conceptuales de las ciencias humanas y sociales, podríamos finalmente

superar las respuestas míticas del pasado y pensar en una historia crítica que, como sostuvo Nietzsche, es la que sirve para la vida.

No debe pensarse que lograremos restituir a la historia su vocación de comprender el presente con la aceptación acrítica de los conceptos de las ciencias sociales y humanas que dan preeminencia al análisis sincrónico y a la construcción de teorías partiendo exclusivamente de teorías. Considero que el método inductivo-deductivo o experimental permitió a la historiografía remozar las interpretaciones de las diferentes formas históricas y lograr un papel significativo en el debate público en las etapas precedentes a la globalización. Ahora más que nunca la diacronía y el método experimental puede ayudarnos a comprender la nueva forma histórica de la globalización sin caer en respuestas míticas elaboradas ideológicamente.

Gracias a los instrumentos de la historia crítica es posible comprender los desafíos de la globalización y la capacidad de los actores históricos para responder creativamente a ellos. Nuestra aportación ayudaría, en estrecha conexión con las aportaciones de economistas, politólogos y sociólogos, a examinar las acciones de los hombres que la globalización afecta y potencia.

Una respuesta a los desafíos de la globalización desde la historia requiere que, además de renovar su papel en el debate público, se aleje del excesivo interés demostrado por la biografía y la vida privada. Nuestra responsabilidad es entonces restituir a la historia su papel de ciencia capaz de influir en la vida pública con el fin de estimular no solo la opinión sino también las políticas públicas que son las más afectadas por la globalización. Lo podemos lograr si repensamos y reflexionamos sobre las diferentes interpretaciones de las formas históricas que precedieron a la globalización. Al reflexionar sobre ellas reconoceremos las persistencias del pasado en el pasado próximo y lograremos formular hipótesis sobre sus posibles prolongaciones en el futuro. Podríamos así evitar la tentación de desconocer el papel orientador de la historia bajo el pretexto de que nuestro presente es inédito.

Son tales y tantas las transformaciones que han acontecido en la economía, la sociedad, la política y la cultura entre 1980 y 2013 que no se ha dado la debida importancia a una idea que proviene de la historia, la de que todo proceso histórico es multidimensional. La pluridimensionalidad que caracteriza la globalización en todas las áreas del mundo no tiene que ver exclusivamente con la vida económica, pues abarca todas las dimensiones, incluso la moral.

Adam Smith atribuye al trabajo la característica de ser multidimensional, pues lo define como «la única medida universal del valor» [1]. Desde Smith hasta Marx se consideró que el trabajo era la dimensión capaz de explicar la historia contemporánea por la centralidad que mantuvo a partir del siglo XVIII. Precisamente porque el trabajo es la medida universal del valor a lo largo de toda la historia contemporánea, comprendida la presente, tiene una centralidad desconocida en todas las formas históricas precedentes.

Sin dar la debida importancia al trabajo, no se entiende el pasado más próximo, el de los siglos XIX y XX, y no comprendemos la trascendencia que tiene la lucha de clases. Trabajo y lucha de clases son inescindibles de los cambios acontecidos en los siglos XIX y XX en la economía real, con la revolución del transporte, las innovaciones tecnológicas y la nueva energía eléctrica. Tampoco comprendemos la expansión de la economía financiera, la de las bolsas de comercio, de los bancos y de las sociedades financieras y de seguros que otorgaron un papel relevante al capital a lo largo de los siglos XIX y XX.

La modernidad de los siglos XIX y XX se define partiendo de una tensión desconocida con anterioridad, la tensión entre el trabajo y el capital, que afecta a todos los aspectos de la vida social, política y cultural. Sin esta tensión es incomprensible la gran novedad representada por la lucha de clases que tuvo como actores fundamentales a los trabajadores, las organizaciones sindicales, los partidos socialistas y las formaciones antagonistas.

Sin la lucha de clases son también incomprensibles los derechos sociales que dieron validez a la idea de la igualdad republicana y permitieron a todos los trabajadores obtener salarios dignos y la posibilidad de acceder a la educación y a los nuevos bienes públicos promovidos por los gobiernos. Se redefinió así el papel de intermediación del Estado en la pugna entre el trabajo y el capital. De estas novedades también sacaron provecho las nuevas clases medias que fueron fundamentales tanto para la administración pública como para la organización de la economía y de la sociedad. Dicho con otras palabras, la tensión entre el trabajo y el capital dio nacimiento a la nueva sociedad de clases organizada a partir de criterios compatibles con los valores del trabajo y del capital.

---

[1] Adam SMITH, *La riqueza de las naciones* (1776), México, Fondo de Cultura Económica, 1958, libro I, cap. V.

En la tensión con el trabajo, el capital, además de expandir su base económica, logro conformar una clase burguesa capaz de negociar con las demandas de las clases trabajadoras a través de su creciente influencia en la política, en las instituciones y en la orientación del presupuesto del Estado. Precisamente porque la nueva dinámica pública se desarrolla partiendo de la tensión entre la lucha de clases y la necesidad de la burguesía de ampliar su esfera de intereses, el capital logró obtener mayores ventajas gracias a la potenciación del capital fijo, que le permitió acrecentar la innovación tecnológica y organizativa de las empresas.

La tensión entre lucha de clase y capital se radicalizó a partir del último tercio del siglo XX por las demandas en ascenso de las organizaciones de los trabajadores, por una parte, y por el incremento de la fuerza derivada de la expansión del consumo privado y público, por otra, que favoreció a los industriales, los financieros, los grandes comerciantes y los grandes agricultores.

La tensión devino en un conflicto en cuyo curso cada una de las partes trató de erosionar a la otra sin que por ello los trabajadores cejaran en sus demandas crecientes para conseguir mayores derechos para todas las clases sociales que ambicionaban representar. El capital, por su parte, reivindicó a escala nacional la puesta en marcha de nuevos mecanismos estatales para su sostén y buscó alianzas financieras internacionales con miras a expandir su acumulación y su presencia en el plano político y cultural.

Es probable que este conflicto, que alcanzó cotas elevadas con la Primera Guerra Mundial y la crisis de 1929, no llevara a la victoria de ninguna de las dos partes. Después de la Segunda Guerra Mundial y hasta la década de 1970, el capital pudo incrementar los salarios reales y participar en el creciente costo de los nuevos derechos sociales gracias a la capacidad de los empresarios de aplicar nuevas técnicas productivas y organizativas, así como de expandir su presencia en los mercados del Tercer Mundo. El capital logro así incrementar la productividad del trabajo con una velocidad muy superior al aumento de los salarios. Al mismo tiempo, los capitalistas trasladaron a los gobiernos una parte significativa de las contribuciones que pagaban para sostener el bienestar social.

El equilibrio inestable entre la lucha de clases y el capital entró en crisis hacia el último tercio del siglo XX por efecto de la crisis fiscal de los Estados y por la subida del precio del petróleo, que trasladó ingentes capitales desde los países industriales hacia los

países productores de petróleo y, en especial, hacia los países de Oriente Medio. El conflicto entre el trabajo y el capital se acentuó además cuando se comprendió que la tercera revolución, que debía conjugar las nuevas tecnologías electrónicas con la producción de energías alternativas al petróleo, no lograba consolidarse porque no era factible generar las tecnologías capaces de acumular la nueva energía alternativa [2].

En el *impasse* entre la lucha de clases y el capital, este último se dio cuenta de que le convenía acentuar su tendencia a la globalización con el fin de no interrumpir su ascenso. Para lograrlo tuvo que abandonar su relación con el trabajo y con las políticas del bienestar en los países industrializados. Sin lugar a dudas, las nuevas formas de localización industrial hacia los países de reciente industrialización, así como la expansión de las finanzas *offshore* en los paraísos fiscales, ocasionaron una pérdida de fuerza tanto a las organizaciones sindicales como a los partidos progresistas, que fueron incapaces de delinear nuevas políticas en defensa de los intereses del trabajo y esbozar nuevas formas de colaboración internacional entre los países desarrollados y los del Tercer Mundo.

En la globalización el capital conoce una fuerza muy superior a la que tuvo en las fases históricas precedentes. Se ha convertido en un poder global presente en todas las áreas industrializadas del mundo, emergentes y atrasadas, aunque con diferente proporción y peso. Los intereses de esta clase dominante son ahora contraponer el desarrollo de la clase obrera y de las clases medias para impedir que puedan obstaculizar la acumulación del capital. Lo que ahora ambiciona es revertir la fuerza de la lucha de clases que en la fase histórica precedente construyó los sistemas de bienestar que favorecieron la movilidad social y protegieron a millones de personas de la pobreza y de la incertidumbre [3].

El resultado del enfrentamiento entre el capital y el trabajo ha afectado profundamente a todos los trabajadores. Lo observamos en la pronunciada informalidad que presenta actualmente el mercado laboral por efecto de las desregulaciones que hubo en las últimas décadas del siglo pasado y las primeras de este siglo. La creciente informalidad laboral incide sobre las clases populares y las clases medias mientras favorece de manera desmedida a la nueva pluto-

---

[2] Jeremy Rifkin, *La tercera revolución industrial. Cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*, Barcelona, Paidós, 2012.

[3] Luciano Gallino, *La lotta di classe dopo la lotta di classe*, Bari, Laterza, 2012.

cracia de empresarios, banqueros y titulares de altos ingresos. Sus efectos están a la vista en el ámbito político, pues la plutocracia impide el desarrollo de la democracia, de las instituciones y de la cultura, con excepción de la orientada hacia el consumo. Todas estas transformaciones acontecidas en el curso de la globalización han repercutido también en el equilibrio que debe existir entre la libertad de los individuos y la igualdad de los derechos que corresponden a todos.

Entre los efectos de la globalización figura además su capacidad de despojar a la historia de la facultad que tenía de influir la opinión pública y las decisiones políticas que adoptaban los representantes y los gobernantes. Se logró o se trató de lograr que todos pensáramos que el conocimiento del pasado no es necesario y, por lo tanto, que es inútil reflexionar sobre el presente y el futuro. Pocos vamos quedando en sostener que sin la historia no podemos comprendernos como individuos proyectados hacia la colectividad.

¿Por qué la historia ha perdido su papel de orientar las acciones del presente? Una posible respuesta es el cambio cultural que patrocinó la reorientación del capital. Sostiene Bauman que en la etapa anterior a la globalización, «antes que cualquier otra cosa, todos debían ser primordialmente productores», mientras que en la globalización «la obligación primera e imperiosa es ser consumidor y solo después se puede pensar en convertirse en otra cosa» [4].

El paso de la sociedad de productores a la de consumidores provocó un cambio en la preparación y en la educación de todos los trabajadores y ciudadanos, que comenzaron a satisfacer sus necesidades sin distinguir, como sucedía antes, el deseo de poseer determinados bienes de la real necesidad de poseerlos. A la nueva sociedad de consumo moldeada por las fuerzas del capital, en especial por las empresas tecnológicamente más avanzadas, la finanza global y los nuevos servicios, le importan solo las necesidades que pueden ser satisfechas al instante, lo cual significa que los individuos han de actuar ahora compulsivamente.

Todavía no conocemos lo suficiente las consecuencias de la nueva sociedad de consumo que actúa siguiendo las modas y lo efímero, y que es capaz, por lo tanto, de generar una alta volatilidad política y cultural. Se puede formular la hipótesis de que los comportamien-

---

[4] Zygmunt Bauman, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa, 2011, pp. 43-70.

tos volátiles de la sociedad de consumo favorecen la crisis de los partidos y de la representación política que actualmente afecta a las democracias.

Muchos científicos sociales piensan que esta profunda transformación de la sociedad se consolidará definitivamente, argumentando que a ella aspiran la gran mayoría de los actores sociales. Pocos alcanzan a ver que cualquier cambio histórico puede encontrar, como subrayó Polanyi, una reacción subversiva por parte de la sociedad, semejante a la que acaeció con la crisis del mercado autorregulado de *La Belle Époque* [5].

Para la consolidación de la globalización se requiere que los grupos sociales acepten el mundo de la precariedad y de la creciente pobreza. Personalmente tengo la impresión de que los opositores de la globalización no niegan la necesidad de un nuevo orden mundial y son contrarios al retorno al viejo orden. Las demandas van en la dirección de superar las soberanías nacionales, reconducir el Estado a su papel de regulador, superar el nacionalismo que genera nuevas formas de racismo para expandir, en cambio, la igualdad de los derechos y potenciar los vínculos que deben existir entre las comunidades humanas.

Pedro Pérez Herrero sostiene en este libro que para reflexionar sobre el futuro tomando en cuenta el pasado se ha de dar la debida importancia al discurso identitario. Para ello, agrega, debemos aceptar el cambio acontecido en el último medio siglo según el cual ninguna área del mundo termina en sus fronteras naturales geográficas. Se han desbordado, en efecto, las fronteras naturales, y el Atlántico y el Pacífico se han convertido en «Mediterráneos que vinculan tradiciones y cruzan historias». Ya Hegel escribió que el fundamento de la historia mundial está en las diferencias geográficas y que hay que tomar en cuenta que «el mar invita al hombre a la conquista, a la rapiña, pero también a la ganancia y al beneficio» y lo empuja, por tanto, a ser industrioso y asociar este valor a la expansión de su inteligencia [6].

Las fronteras naturales geográficas fueron el marco que la forma histórica del Estado-nación defendió en la primera etapa de la

---

[5] Karl Polanyi, *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo* (1944), México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

[6] Georg Wilhem Frederic Hegel, *Lezioni sulla filosofia de la historia* (1840), Bari, Laterza, 2012, p. 79.

edad contemporánea. Lo hizo con la potenciación de sus recursos bélicos en asociación con las relaciones diplomáticas, comerciales y financieras con otros países soberanos. Ahora, en la fase de la globalización, la transnacionalización, que es una de sus características más sobresalientes, permite a todos los actores históricos superar las fronteras nacionales gracias a la emigración, el turismo y los avances de la tercera revolución industrial inconclusa, representada por Internet, las redes sociales y las nuevas formas de distribución de bienes y servicios.

El rasgo más sobresaliente de la nueva forma histórica es la multiplicación de las conexiones globales culturales, económicas, políticas y sociales entre todos los actores sociales, independientemente de su país de residencia. Ha sido tan rápida esta transformación que se expresa en una nueva realidad mundial, según la cual todos los ciudadanos aspiran a un mundo regulado por la cibernética y por una gobernanza global que les permita mantener su residencia y vinculaciones con su nación y su localidad de origen.

Esta novedad desplaza al Estado-nación y al mismo tiempo hace emerger el deseo de defenderse de un mundo globalizado que destruye el trabajo y la identidad precedente de productores dotados de derechos. Esto nos ayuda a comprender que la reacción a la globalización se haya manifestado en micronacionalismos, en formas de religiosidad dogmática en naciones secularizadas, en una acentuación del racismo e incluso en nuevas formas de proteccionismo económico y de rechazo a las nuevas monedas.

Es muy difícil, aunque no imposible, comprender cómo la tensión entre las fuerzas de la globalización y sus contrarias influyen en el proceso de construcción de la nueva identidad. Nuestro conocimiento histórico puede ayudarnos a comprender la tensión ahora existente si revisamos cómo se elaboró la identidad nacional en el periodo comprendido entre la crisis del orden jerárquico y estamental del Antiguo Régimen y el nuevo orden liberal del siglo XIX. La comparación nos puede ayudar a comprender que se trata de un proceso de larga duración, pues la forma identitaria del Estado-nación requirió de casi todo el siglo XIX para consolidarse.

Recientemente la OCDE publicó un estudio según el cual la balanza del poder económico se deslizará notablemente en los próximos cincuenta años. Declinarán los actuales países industrializados y asumirán el papel de superpotencias China e India, mientras los

países emergentes y en vía de desarrollo conocerán un ascendente crecimiento económico [7].

Las proyecciones económicas adolecen del defecto de «presentismo»: partiendo del presente, que muestra el notable desarrollo de nuevas potencias económicas como China e India, proyectan linealmente esta tendencia hacia el futuro. Se olvida así que la historia no es lineal y presenta periodos de avance y otros de estancamiento o de regresión. ¿Quién se atrevería a sostener basándose en los datos de reducción de las tasas del Producto Interior Bruto que conoce China a partir de 2010 que sus resultados van a volver a ser los mismos que alcanzó en la primera década de este siglo?

Para comprender la globalización con los instrumentos de la historia, podemos considerar también el ciclo Kondratiev, que dura entre cincuenta y sesenta años, y predecir que si la globalización es uno de estos ciclos, tendrá un primer momento de 25-27 años de crecimiento y un segundo momento de la misma duración de recesión. Por lo tanto, el primer movimiento de la globalización, entre 1980 y 2005, se caracterizaría por ser expansivo, si bien en este periodo no lo fue en todas las áreas del mundo, mientras que nuestro presente e inmediato futuro es de recesión, como parece ocurrir en el caso de los países industrializados y, en especial, para la Europa mediterránea.

Hay otras posibles interpretaciones menos mecanicistas de la globalización que toman en cuenta el conocimiento histórico. Probablemente uno de los periodos que se asemeja a la globalización es el primer momento de la historia contemporánea, entre 1750 y 1850, que conoció la revolución comercial e industrial, las revoluciones atlánticas que destruyeron el Antiguo Régimen y dieron surgimiento al nuevo orden liberal, así como al nacimiento de la clase obrera y la clase media.

Entre el periodo del nacimiento de la edad contemporánea y el de la globalización hay otra fuerte semejanza. La crisis del Antiguo Régimen provocó el nacimiento de un orden internacional que dio cabida a las nuevas repúblicas, reconoció las soberanías nacionales y estableció los principios de respeto y tolerancia mutua como articuladores de las relaciones bilaterales económicas y diplomáticas de todos los países soberanos.

---

[7] «Medium and long-term scenarios for global growth and imbalances», en OCDE, *Economic Outlook*, vol. 2012/1, pp. 190-224.

La globalización, por su parte, generó una crisis de las instituciones internacionales multilaterales, convertidas a partir de la caída del muro de Berlín en instituciones ineficientes por carecer del dinamismo necesario debido a las guerras de baja intensidad y a la reducida capacidad de las Naciones Unidas y de otras organizaciones regionales de hacer cumplir el derecho internacional y, en especial, de hacer respetar los derechos humanos en África, Asia y América Latina.

El fin de los grandes poderes internacionales y de su orden legal ha dado origen a un mundo que no pertenece a nadie porque el modelo occidental no ha logrado universalizarse. El nuevo orden mundial debería ser capaz de comprender las múltiples diversidades de la política en vez de insistir en la necesidad de imponer un orden liberal-democrático igual para todos los países [8].

Uno de los principales puntos de contacto entre la fase inicial de la contemporaneidad y de la globalización se encuentra en la creación de las nuevas redes sociales. En el pasaje desde el Antiguo Régimen a la contemporaneidad, las nuevas redes se conforman desarticulando las redes concéntricas preexistentes, del mismo modo que en la globalización sus nuevas redes sociales se crean transformando las que se desarrollaron en el siglo XIX y en buena parte del siglo XX. A fines del siglo XX numerosos científicos sociales perciben que las nuevas formas sociales se han ido alejando de las redes modernas y parecerían carecer de dirección.

Conviene entonces preguntarnos por el vector de la sociedad que logró en el siglo XIX organizar «las formas que afectan a los grupos de hombres unidos para vivir los unos cerca de los otros, o los unos por los otros, o los unos contra los otros» [9]. La respuesta de Simmel fue que «la sociedad nace del individuo, y que el individuo nace de la asociación». Así nacen «grupos y asociaciones, en las cuales cada número de personas pueden estar unidas en virtud del interés por un fin común» [10]. Los círculos sociales a los cuales hace referencia Simmel son los que hoy llamamos redes sociales, a las que se afilian

---

[8] Charles A. KUPCHAN, *No One's World: The West, the Rising Rest, and the Coming Global Turn*, New York, Oxford University Press, 2012.

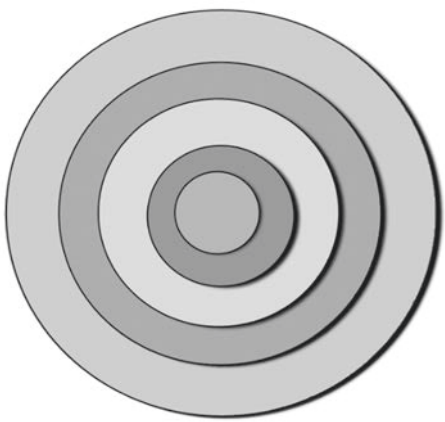
[9] Georg SIMMEL, «Comment les formes sociales se mantiennent», *L'Anne Sociologique*, 1896-1987, pp. 71-109.

[10] Georg SIMMEL, «The web of group affiliations» (1904), en K. H. WOLFF y R. BENDIX (comps.), *Conflict and the web of group affiliations*, New York, Free Press, 1955, p. 163.

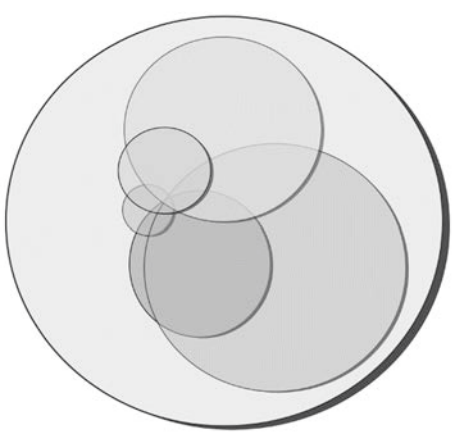
los hombres en virtud de sus intereses y en las que los individuos interactúan a escala local, estatal e internacional.

Simmel fue el primer estudioso en mostrar que las redes sociales tienen formas diferenciadas, como puede verse en la siguiente ilustración:

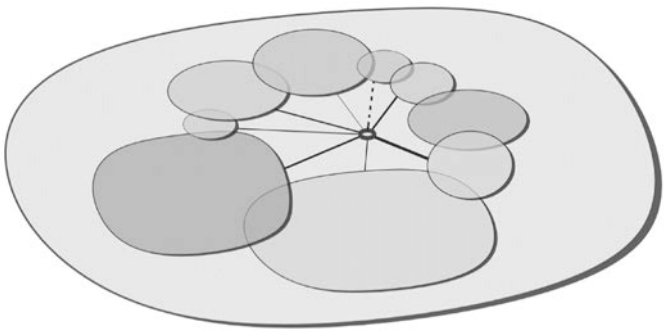
Gráfico 1. **Formas históricas de los círculos sociales**



a) Círculos sociales concéntricos



b) Redes sociales modernas



c) Redes sociales de la globalización

La primera red es la del Antiguo Régimen que se caracteriza por su forma concéntrica. En las sociedades del Antiguo Régimen la participación en el más pequeño de los círculos sociales, que es la familia o, mejor dicho, la comunidad de parentesco, hace posible la participación en grupos más amplios, como las aldeas o los barrios de las ciudades.

Los círculos concéntricos significan que cada individuo puede acabar ampliando su participación en otros grupos, pero manteniendo siempre su adhesión al círculo de origen. Esta condición vale incluso para los nobles, para los comerciantes y para los artesanos sin que ello perjudique su adhesión a una cofradía religiosa, a un círculo cultural o a un cargo honorífico.

En el análisis de Simmel se entrevé que la asociación de tipo concéntrico está enraizada en la organización estamental de la sociedad, a la cual en las últimas décadas la historiografía ha hecho aportes significativos. Vale, sin embargo, la pena recordar que Simmel percibió el motivo de adhesión al círculo concéntrico: la búsqueda por parte de las comunidades de parentesco de aumentar la seguridad. De ahí que la imagen represente los círculos como cerrados y, por lo tanto, cuanto a más círculos se adhieran las comunidades de parentesco, mayor será no solo la seguridad, sino también la solidaridad en el interior del círculo.

Uno de los primeros estamentos en superar los confines de su círculo es el de los mercaderes. Los estudios históricos han mostrado la atención que los comerciantes dispensan a la búsqueda de la seguridad de sus negocios, visible en las compañías comerciales que

establecen, superando incluso el círculo concéntrico local para abarcar familias mercantiles presentes en otras localidades y países.

Se debe también agregar que los círculos concéntricos no son uniformes, pues cada uno de ellos puede establecer un mayor o menor número de vínculos con otros círculos. Así, podemos pensar que los vínculos de los nobles y de los comerciantes son mayores que los vínculos de los artesanos y los campesinos. En términos de la actual definición de las redes sociales, en el Antiguo Régimen la densidad de vínculos es variable según el círculo al cual se pertenece.

La crisis del Antiguo Régimen alteró profundamente la sociedad estamental y provocó el fin de su dimensión jerárquica. Los avances de la secularización y la mayor mercantilización y monitorización económica favorecieron la individualización del actor social y potenciaron su libertad de elección. Se vino a conformar una nueva forma asociativa que conocemos como red social moderna, que vemos en el gráfico 1.*b)* de la ilustración. La principal característica de la red social es que se construye y multiplica a partir del individuo que se convierte en «el punto en el cual se intersecan muchos grupos» [11].

Estas redes sociales no se sobreponen como las concéntricas, sino que intersecan las diferentes esferas de la actividad que ejercita el actor social dotado de libertad de elegir, lo cual permite su participación en numerosas redes. Las redes sociales presentan desde las primeras décadas de la edad contemporánea una flexibilidad tal que permite al individuo incluso dejar de participar en una de ellas para escoger otra más conforme con sus intereses.

De gran importancia en la conformación de la red social moderna fue que algunos miembros de la familia pudieran continuar perteneciendo a los círculos sociales preexistentes, como sucede con la nobleza de los países mediterráneos, mientras otros podían mejorar su condición a través de otras actividades rurales y urbanas.

Desde las primeras décadas del siglo XIX, las redes sociales comienzan a ejercer un papel importante en la ampliación del capital social que, como sabemos, se desarrolla a partir de nuevas experiencias de amistad, trabajo e instrucción [12]. En el curso de los siglos XIX y XX el individuo acentuó sobre todo su papel de intersección, es

---

[11] SIMMEL, *op. cit.,* p. 141.

[12] Mark GRANOVETTER, «The strength of weak ties», *American Journal of Sociology*, 1973, núm. 4, pp. 1360-1380.

decir, de pertenencia a un número creciente de redes sociales. Puede pertenecer al mismo tiempo a una red profesional (un sindicato, una profesión), a una red cultural (una academia, una banda musical), a una red religiosa (de laicos católicos o protestantes), sin que estas participaciones lo afecten negativamente. No puede pensarse que los individuos participen en todas las redes al mismo tiempo pero la multiparticipación crece en la medida que se expande el nivel de instrucción y aumenta la acción individual en beneficio de la colectividad. En efecto, las redes sociales refuerzan la personalidad de los que participan en ellas. El ascenso de la participación individual en las redes sociales favorece la diversificación de los grupos de interés presentes en la sociedad [13].

Las redes sociales modernas superan los espacios originarios y permiten que lo local interactúe con lo nacional y lo internacional. De ahí que las redes sociales hayan facilitado la consolidación de la unidad nacional y fueran muy activas en la formación de la representación política y administrativa de los Estados nacionales. Pudo así convertirse en realidad la idea de Sièyes de que los parlamentarios no representaban ni a su colegio electoral ni a la localidad que los eligieron, sino a los intereses de la nación.

No debe pensarse, sin embargo, que las redes sociales modernas siempre hayan logrado potenciar el altruismo y ampliar el espíritu de colaboración social. Conocemos muy bien la persistencia de las formas plutocráticas en las redes empresariales, así como que las redes políticas protegieron incluso los antiguos intereses rurales de los nobles y de los terratenientes.

La crisis del Estado-nación y de las políticas de bienestar permitió tanto un enorme avance del capital como la transformación de las redes sociales, que adquirieron una conformación muy diferente de las modernas. Simmel sostuvo que con el desarrollo de la sociedad, cada individuo tendía a establecer por su cuenta contactos con las personas que estaban fuera de su grupo original de afiliación [14].

La transformación del contexto histórico a partir de las últimas décadas del siglo pasado hizo posible, como ya he señalado, una reorientación de los roles sociales cumplidos por los individuos a fin de lograr una nueva articulación y un desarrollo diferente de la personalidad individual. Los actores sociales generaron nuevas

---

[13] SIMMEL, *op. cit.,* p. 141.
[14] *Op. cit.,* p. 128.

formas asociativas que inicialmente se yuxtapusieron a las redes sociales preexistentes, muchas de las cuales terminaron por reorganizarse debido a la modificación de las funciones sociales de sus asociados. Fue así como se aceptó como referencia geográfica a la «aldea global».

Para sintetizar al máximo el cambio acontecido durante la globalización, se puede afirmar que se produjo una descentralización del actor social, lo que no significa su anulación, sino más bien que los individuos fueron obligados a establecer relaciones menos duraderas con los otros. Se acaban así las fuertes conexiones que mantuvieron las redes sociales precedentes, y las nuevas conexiones de las redes sociales tienden a ser efímeras. De ahí que las nuevas experiencias hagan muy tenues las conexiones sociales, lo cual no significa que el número de vínculos de los individuos en ellas disminuyan sino, por el contrario, que aumentan.

El gráfico 1.*c)* ilustra la nueva forma de las redes sociales. Se puede apreciar que reconfiguran las bases organizativas e interpersonales en el plano social. Pescosolido y Rubin han caracterizado las redes de la globalización como radiales, puesto que se conectan tanto a través de vínculos débiles, representados en la gráfica con la línea interrumpida, como también con vínculos permanentes [15].

El gráfico 1.*c)* demuestra que ahora el individuo tiene una total libertad de acción y de elección, por lo cual puede retirarse de la red o de las redes que había escogido previamente. En la globalización los individuos ya no están enredados en redes interconectadas, sino que son externos a ellas por más que mantengan conexiones tanto permanentes como ocasionales, pero ninguna de ellas de larga duración temporal. Los individuos disponen además de conexiones temporales con muchos lugares de trabajo, con muchas familias e, incluso, con más de una religión. Esto no impide que la vida individual se organice en virtud del mercado con contratos formales de media y corta duración para el empleo y para los negocios, pero también con contratos informales.

---

[15] El estudio de Bernice A. Pescosolido y Beth A. Rubin, «The web of group affiliations revisited: social life, postmodernism, and sociology», *American Sociological Review*, 2000, núm. 1, pp. 52-76, es una excelente relectura sociológica de las ideas de Simmel a la luz de las transformaciones acontecidas en las redes sociales, del cual he retomado sus tres gráficos y he replanteado históricamente las características de los círculos concéntricos y de las redes modernas, a la vez que he recogido en buena medida las características de las redes que las autoras definen como radiales.

Las redes radiales actuales dan por descontado que la vida social es efímera, de corta duración y con relaciones contingentes. Se observa además que se incrementan sobre todo los vínculos con las redes sociales radiales mientras disminuyen las relaciones personales debido al gran aumento en la velocidad de las comunicaciones y del transporte. La libertad y la flexibilidad de las relaciones sociales en la era de la globalización sitúan al individuo en un papel central y crítico como integrador de dichas relaciones [16]. Asimismo, las redes actuales, que dan una autonomía hasta ahora desconocida a los actores sociales, favorecen el egoísmo individual y permiten que el capital consiga su objetivo de reducir la capacidad, que poseían las redes sociales precedentes, de integrar al individuo en el grupo social y la sociedad.

Un buen ejemplo de cómo las nuevas redes han afectado a la lucha del capital contra el trabajo es la noticia sobre lo sucedido en España en 2012 cuando Comisiones Obreras y la UGT intentaron canalizar parte de la indignación general y promover una cumbre social: «Se encontraron con una dificultad extraordinaria: había más de 150 organizaciones de las que colgaban un número superior a los 950 grupos, asociaciones o plataformas. Unas admitían jerarquías, otras eran asamblearias, pero se comunicaban entre sí, eran transversales» [17]. Esta noticia ilustra bastante bien el hecho de que las actuales redes radiales pueden generar una fragmentación social que conspira contra la posibilidad de reformular una nueva lucha de clases contra la embestida del capitalismo globalizado. Nos dice también que las nuevas redes sociales presentan una gran confusión que afecta a la solidaridad de los grupos y favorece la disolución de las organizaciones de clase.

---

[16] Pescosolido y Rubin, *op. cit.*, p. 63.
[17] *EL País,* 31 de marzo de 2013, p. 10.

HISTORIOGRAFÍA EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN

Walther L. Bernecker
Universidad de Erlangen-Nürnberg

La historiografía moderna se caracteriza por tener como punto de referencia el Estado nacional, ese Estado cuyas características se desarrollaron por lo general en la Europa del siglo XIX y que fue uno de los productos europeos de exportación más exitosos hacia las otras regiones del mundo. El Estado nacional surgió basándose en un concepto en el que se amalgamaban tradiciones anteriores con el Estado que emergió del proceso nacionalizador. La praxis de esta amalgamación estatal fue lo que se denomina, en palabras del filósofo Ernst Bloch, la simultaneidad de lo asincrónico (*«Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen»*). Pongamos como ejemplo la exaltación de los valores nacionales, representados mediáticamente con símbolos, ritos o narrativas históricas, mientras que al mismo tiempo tenían lugar procesos de descolonización en los que supuestas naciones nuevas se separaban de la antigua madre patria, supuestamente nacional.

Después de la Segunda Guerra Mundial se vio con mayor claridad que los Estados nacionales habían surgido en virtud de un concepto y que este concepto había llevado a las grandes catástrofes del siglo XX. Por tanto, se consideró necesario superar las faltas de esos Estados nacionales. Las formaciones resultantes —ante todo en Europa— del esfuerzo por superar el Estado nacional se diferencian fundamentalmente de él. Mientras los Estados nacionales se relacionaban sistemáticamente con el pasado —cuanto más antigua

su tradición, mejor—, las formaciones posnacionales están orientadas hacia el futuro. Los Estados nacionales inventaron sus respectivas narrativas maestras para legitimar el presente, afirmando que estaban arraigados en el pasado; por el contrario, las formaciones posnacionales solo miran al pasado para legitimar *ex negativo* su existencia, que se debe al empeño de que no se repita el pasado, de que hay que encarar el futuro.

Resulta obvio que esta constelación lleva a una relación de tensión entre el Estado nacional y los actuales procesos de europeización y globalización, pues el Estado nacional se autoentendía y se autoentiende como una comunidad solidaria, mientras que las entidades supranacionales como la Unión Europea, si bien imitan el comportamiento de la nación, no son comunidades solidarias. La tendencia de regular a poder ser todos y cada uno de los detalles llega pronto a sus límites, generando una decidida oposición a tal afán, tanto contra el Estado nacional como contra las entidades supranacionales. Ejemplos actuales serían Baviera, que en Alemania se opone a las reglas de compensación interterritorial, y Cataluña, que cree poder desarrollarse mejor fuera de España; o en el ámbito supranacional, Grecia, a cuya salvación financiera a costa de otros Estados nacionales se opone gran parte de la población europea.

Afirmar que el Estado moderno ha surgido como resultado de un concepto con pretensiones de unir a la nación, de proclamar una constitución que garantice los derechos fundamentales, de unificar el espacio económico y de comportarse como una comunidad solidaria, no significa que estos atributos conceptuales sean exclusivos del Estado-nación. También las actuales entidades supranacionales europeas son el resultado de una conceptualización, de una idea básica y, por cierto, mucho más que el orden premoderno. Se trata de una fundación «desde arriba», planeada, y ha tenido que pasar mucho tiempo hasta que la idea fundacional ha llegado a la base. Incluso se puede dudar, y en el contexto de la actual crisis económica y financiera más que nunca, si la idea básica ya es bien común de todos los europeos. Por lo menos se puede afirmar que el concepto europeo ha sido más planificado desde arriba que realizado desde abajo. Y al igual que el Estado nacional del siglo XIX, la Unión Europea se autoentiende como un concepto de seguridad, un concepto económico y social, probablemente también como un concepto de valores comunes, lo que se puede desprender muy bien de las posturas de rechazo en varios Estados europeos frente a la solicitud de admisión por parte de Turquía.

Las entidades internacionales y supranacionales que están surgiendo en América Latina y en Europa se diferencian mucho unas de otras, pero la Unión Europea representa algo así como un modelo. Lo que resulta para la historiografía posnacional, ante todo en relación con periodos más antiguos, es que hay que profundizar en las diferencias entre los imperios y los Estados nacionales modernos. Los imperios fueron Estados con fronteras abiertas, flexibles, con continuas tensiones entre periferia y centro. La idea imperial decía que las élites centrales soportaban las cargas, y la periferia no se levantaba contra el centro. Esta idea servía al Estado nacional como contraste negativo para su propia imagen.

En 1880, el jurista Georg Jellinek presentó la definición clásica del Estado, resaltando tres elementos constitutivos para el orden del Estado nacional: el poder estatal, el territorio del Estado y la población en el territorio del Estado. Hoy todos los Estados se autoentienden Estados nacionales que cumplen con las condiciones enumeradas por Jellinek. Estos Estados nacionales son el sustrato para las organizaciones pos y supranacionales surgidas ante todo después de la Segunda Guerra Mundial, y entretanto parte de los elementos constitutivos de un Estado son transferidos a órganos supranacionales. Esto es válido ante todo para el poder estatal en la Unión Europea. Otro ejemplo sería la moneda común que pone de manifiesto la transferencia de la soberanía financiera a entidades supranacionales.

El orden existente en los imperios anteriores al Estado nacional no conocía el poder estatal de manera tan inequívoca. En ese orden premoderno prevalecían los estamentos con una subdivisión jerarquizada de los poderes del Estado, con unos territorios no tan claramente establecidos y con población fluctuante. El poder estatal, como lo ha definido Jellinek, no existía en los imperios premodernos; el territorio del Estado tampoco existía en el sentido de Jellinek, pues había toda una serie de entidades; y no existía lo que Jellinek llama la población del Estado nacional puesto que no existía el concepto de nación. En gran parte de la historiografía se caracteriza el orden premoderno como un antecesor del Estado-nación, pero hay que considerar que los elementos que conforman el Estado-nación según Jellinek no existían en esos imperios. La historiografía seguirá siendo historiografía de Estados nacionales, pero en nuestra época tendrá que tomar en consideración de manera cada vez más clara estas unidades mayores, los imperios prenacionales o, si se quiere, el orden establecido antes del orden nacional.

A lo largo de su historia el Estado nacional ha desarrollado tendencias totalitarias con un afán ilimitado de regulación. Tampoco instituciones supranacionales como la Unión Europea están libres de tales tendencias. Escribir historia nacional hoy significa tomar en consideración el orden establecido antes del orden nacional, ya que los organismos posnacionales recurren con frecuencia, de un modo u otro, a este tipo de orden. Acudir al Estado premoderno como contraste ayuda a no asumir todo como «normal» y, tomando el Estado nacional como paradigma, se pueden contemplar las instituciones nuevas creadas después de 1945 como una fase de la historia transnacional, lo que no significa necesariamente que el Estado nacional haya llegado a su fin.

En la historiografía tradicional se ha prestado mucha importancia a la creación y el desarrollo del Estado moderno. En el siglo XIX, el Estado nacional incluso fue considerado por gran parte de los historiadores nacionalistas como el resultado final de un proceso teleológico, la culminación de movimientos y tendencias, cuya finalidad consistía en crear un Estado que coincidiera con la nación. La historiografía era en este contexto un elemento justificador y legitimador de este modelo evolutivo. Pero contemplando la historia del Estado-nación desde la perspectiva de principios del siglo XXI, se puede afirmar —por lo menos para Europa, pero no solamente para el viejo continente— que esta historia ha sido corta y parece haber llegado a su fin. Se han trascendido las metas perseguidas con el establecimiento del Estado-nación y ahora se pretende lograrlas en el plano supranacional: la unidad de medidas y pesos, una moneda única, todas las materias relacionadas con los derechos civiles y humanos, y lo que se llama el Estado social, el Estado del bienestar. Esta trascendencia del Estado-nación abre al historiador nuevas perspectivas. Y la mirada hacia atrás, al periodo del Estado-nación, es más bien corta, pues este periodo nacional se ha traspasado en dirección a un periodo —llamémoslo— posnacional. Lo que están realizando las entidades supranacionales se deduce de las entidades prenacionales y premodernas, por lo menos en Europa.

Otra consecuencia que resulta de esta reflexión para el historiador de hoy es que hay que considerar más que antes espacios, y no Estados nacionales, ya que enfocando algunos determinados resaltan de manera mucho más nítida estructuras que son cruciales para el entendimiento de una época o de determinados procesos, bien sean económicos, sociales o culturales. El término «espacio

atlántico», acuñado y desarrollado en los últimos años, sería uno de tales conceptos.

Los geógrafos de la economía usan con frecuencia el concepto de *soft spaces* («espacios blandos»). También se refieren a espacios cuyos límites no son las fronteras nacionales; muchas relaciones de intercambio trascienden dichas fronteras. Las relaciones económicas, por ejemplo, han sido muy intensivas en determinados espacios, sobrepasando continuamente las fronteras establecidas; es decir, las fronteras nacionales no concuerdan con los límites económicos, culturales, etc. Pensemos solo en las relaciones de vecindad, en las relaciones migratorias, en las relaciones entre los judíos europeos hasta el siglo XX. También el concepto europeo de modernidad, por ejemplo, en los sectores de arte y cultura, trasciende los Estados-nación.

Hoy sabemos que la idea de que la historia ha llegado a su fin con la culminación del Estado-nación es errónea. Más bien el Estado-nación no es el fin de la historia, sino una fase bastante corta de la historia, cuyo apogeo fueron los siglos XVIII a XX. En el futuro, los historiadores deberán fijarse mucho más en desarrollos característicos de las épocas premoderna y posmoderna para obtener una visión más acertada del acontecer histórico, también del presente. Muchas de las reivindicaciones que tradicionalmente se han dirigido al Estado-nación hoy lo han trascendido y se orientan a instancias supranacionales, por ejemplo, la Unión Europea. Resulta lógico que en tal situación surjan tensiones entre organismos nacionales e internacionales o supranacionales, por ejemplo, en el sector de la justicia con los diferentes tribunales supranacionales, o en el sector de la economía con organizaciones como el Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial del Comercio. En muchos ámbitos ya no hay fronteras ni límites; arte y cultura trascienden todas las fronteras, y los modernos medios de comunicación ya desde sus comienzos son transnacionales.

Las consecuencias de lo expuesto para la historiografía de principios del siglo XXI son claras: esta disciplina no debe seguir enfocada hacia los Estados-nación; debe considerar más que antes los *soft spaces*, espacios que trascienden las fronteras nacionales. Esto no solo es válido para la historia de los Estados nacionales como tales, sino también para las diferentes áreas de la historiografía: la política, las ideas y mentalidades, la economía y los problemas sociales, el arte y la cultura. En todos estos sectores, la historiografía debe

abrirse a espacios mayores, y la vista atrás a unidades premodernas, como por ejemplo los imperios europeos, puede ser de gran ayuda para las unidades posmodernas y posnacionales.

Hasta el momento, he insistido ante todo en la idea de que la historiografía futura tiene que fijarse más en las unidades supranacionales; si bien ello es indudablemente cierto, por otro lado hay que subrayar también el fenómeno del lento ocaso del Estado moderno, de la transformación paulatina del Estado que ha comenzado hace unas décadas. Aunque se pueden observar señales de descomposición, no está claro si se trata de causas del ocaso o solo de síntomas.

Parece que se trata de una especie de autodestrucción sistémica que se debe, en el caso de Estados antiguos, a «demasiado Estado» y, en el caso de Estados jóvenes, a «demasiado poco Estado». A los Estados jóvenes les suelen faltar, como herencia del dominio colonial, recursos materiales y una cultura política sin la que un Estado moderno no puede funcionar. Y los Estados antiguos tienen el problema de que los cuatro principios —competencia global del Estado, Estado de derecho, nacionalidad y democracia— que les han llevado al pleno desarrollo de su poder han llegado a un punto en el que su contribución al crecimiento de dicho poder tiene que revertir en su contrario.

Mientras se creía en la legitimación externa del Estado moderno, ante todo en la institución de los monarcas por la gracia de Dios, este era inmune a la crítica deslegitimadora. Pero en cuanto se ha hecho autosuficiente en temas de legitimidad, cuenta con más posibilidades de expandir sus competencias, pero también puede ser deslegitimado con mayor facilidad. El moderno Estado nacional y democrático vivía de la identificación incondicional de sus ciudadanos con él. Si esta identificación se resquebraja, comienza su ocaso. A esto ha contribuido también la experiencia histórica con el Estado como criminal, una experiencia a la que no solo han contribuido los alemanes. Además, muchos adversarios etnorregionalistas del Estado moderno se han inspirado en las luchas anticolonialistas al sentirse oprimidos por sus Estados nacionales por medio de un colonialismo interno.

Súbitamente, el nacionalismo y la pretensión de decidir en democracia ya no se emplean para fortalecer el poder del Estado, sino para socavarlo. A escala mundial se puede observar la tendencia de no identificarse con Estados nacionales, sino con unidades más

pequeñas, con mininacionalismos y con otras minorías, en lo que con frecuencia constituyen reacciones frente a la dominación de los hombres por instancias anónimas. En el fondo, las pretensiones de autodeterminación democrática y nacional no tienen fronteras naturales. En este sentido, la deconstrucción particularista del Estado moderno puede continuarse hasta su total descomposición. La llamada «sociedad civil», en lugar de ser una condición social del Estado democrático, podría tornarse en un factor de su desintegración.

El Estado social da la impresión de fuerza, pero con respecto a su margen de acción se ha convertido en un Estado débil. Es la víctima de las pretensiones de sus ciudadanos que reclaman conservar lo que han conseguido en el terreno social, y es la víctima igualmente del vigoroso endeudamiento que ha crecido imparable desde la primera crisis del petróleo en la década de 1970. Si los ingresos fiscales no bastan, se financian los gastos por medio de créditos. En estas circunstancias, el Estado social tiene que decrecer. Este proceso empezó al mismo tiempo que desapareció el socialismo real y que aumentó el socialdarwinismo neoliberal. En esta constelación, los ciudadanos pierden la fe en el Estado, cuya legitimidad decrece.

Tanto los Estados antiguos como los nuevos pierden soberanía exterior. Están integrados en muchas organizaciones internacionales, lo que limita su movilidad en materia de política exterior. Legalmente siguen siendo Estados soberanos, pero de hecho su soberanía ha sido recortada.

El clásico Estado moderno ha dejado de existir como regla. Ante todo, ya apenas existe el criterio por antonomasia de modernidad, es decir, la unidad de pueblo, de poder, de territorio y soberanía. El monopolio estatal de poder se ha disuelto a favor de instancias intermediarias y de organismos subestatales. Por otro lado, como los Estados están entrelazados supranacionalmente, las viejas categorías del derecho internacional ya no sirven para clasificarlos de manera adecuada. Por eso, la política estatal tiene dificultades en el momento en que desea resolver problemas.

Esto no quiere decir que el Estado vaya a desaparecer por completo. Seguirá existiendo de manera reducida y en competencia con otras instancias. Pero continuará teniendo funciones de regulación y de represión, aunque ya haya perdido el monopolio del uso de la violencia, tanto externa como interna.

HISTORIA E HISTORIADORES EN PERSPECTIVA: CONCEPTOS, IDEAS Y REALIDADES

Eduardo Cavieres Figueroa
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

¿Cómo obtener una mirada de síntesis sobre la historia y los problemas actuales? El ejercicio se puede llevar a cabo de dos formas: como una recapitulación sobre logros y frustraciones de la historia en periodos recientes, una especie de evaluación de resultados, de balance entre lo que consideramos aspectos favorables y desfavorables; o también como una reflexión general sobre aspectos particulares a los que otorgamos la categoría de procesos generales: el liberalismo, la globalización u otros, lo cual conlleva además recapacitar sobre cuestiones previas acerca de la historia como tal. Sea una u otra la elección, hemos de pensar, si no aceptar, que la historia, así como algunas otras disciplinas afines dentro de las ciencias sociales, se caracteriza por sus incertidumbres, lo que no debe asustar a los jóvenes estudiantes ni a los amantes de la materia, sino más bien llevarles a pensar sobre la verdadera y doble naturaleza del concepto de historia. Se añade a ello que los que hacen historia, por no señalar solo a los historiadores, son los únicos que se desdicen y contradicen respecto a los que investigan, conocen y piensan, hasta tal punto que en la ciencia histórica no se trata tanto de superar los conocimientos existentes como de repasar en un ir y venir constante los mismos datos, imágenes, caminos y trayectorias ya seguidos para contemplar lo sucedido desde otras perspectivas, para negar o discutir lo ya dicho, porque se asume que en algún

momento se descubrirá con exactitud lo que pasó o está pasando o, más importante, para alcanzar una mejor comprensión del presente a la luz de las experiencias pasadas. No ocurre lo mismo en las ciencias exactas: allí se superan los conocimientos, y la memoria es muy corta.

Puede resultar negativo el hecho de que no busquemos obtener un conocimiento que nos produzca verdades definitivas sobre lo que nos ha dejado el pasado o lo que nos está ocurriendo en el presente, mucho más preocupados por tratar de comprender lo que ha sucedido y sucede desde sus diferentes particularidades, por lo cual soslayamos la rigidez de lo objetivo o lo subjetivo, pero se contrarresta con el aspecto positivo de que se intente siempre encontrar respuestas para los grandes dilemas. Considerando, por ejemplo, todas las oscuridades del pasado, las complejidades del presente, la repetición permanente de comportamientos sociales o las incertidumbres actuales, podemos recurrir al clásico libro de Lucien Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais* [1], y deducir, a partir de lo que dicen los historiadores y la propia experiencia histórica, que en realidad no creer en nada o aceptar cualquier tipo de eslogan como «Pidamos lo imposible» debe preocupar pero no cegar las miradas hacia el futuro y que, en ese caso, la historia sirve como descriptora esencial de la naturaleza humana propiamente dicha. Sin duda, nuestras posibilidades de entender lo que está pasando siempre ayudan. Es evidente que si estuviésemos detenidos en una mirada muy negativa sobre la vida y la experiencia que nos toca vivir, la historia no nos serviría de mucho, pero creo que sí es útil para atacar el problema de la incredulidad o el escepticismo, así como para mantener al menos algunas certezas dentro de las incertidumbres.

Siempre surgen las preguntas. Entre tantos temas y problemas, ¿es posible hacer un análisis global del liberalismo, sea del siglo XIX, del siglo XX, del liberalismo actual o de lo que se concibe como tal? ¿Es posible representarlo como una totalidad? Aparentemente, y solo aparentemente, pareciera que no, porque cuando pensamos sobre una de sus expresiones en las políticas sociales de mediados del siglo XX, el Estado de bienestar, por ejemplo, se nos aparece ya como un momento, una fase, para muchos una ilusión perdida, más que como algo posible de reeditar. La discusión no está en las ideas, sino en sus posibilidades de ejecución real y, a su vez, en sus

[1] Madrid, Akal, 1993.

proyecciones de mediano o largo plazo. El Estado de bienestar no es solamente idea, sino también materialidad, y ello se manifiesta en forma notable en sus diferencias con las consideraciones respecto al *bien* común tan propio de los siglos XVII, XVIII o XIX, cuando hacía referencia a un concepto que no era *bienestar* común. La base del Estado de bienestar es la posibilidad real de materializarlo en inversión social directa, lo que depende de la existencia, como requerimiento sine qua non, de excedentes del capitalismo. Si no hay excedentes, no hay Estado de bienestar. Así de simple. Por lo tanto, se trata de dos situaciones: una, las realizaciones, lo logrado, los niveles de excedentes disponibles; dos, las decisiones respecto a cómo se redistribuyen esos excedentes por parte del Estado, de las políticas públicas que siempre son más virtuosas cuanto mejor distribuyan los recursos existentes de modo que alcancen al mayor número de personas posible.

Así pues, con este ejemplo u otros, la verdad es que resulta muy difícil aceptar unas ideas que sean realmente comunes para una época, una región determinada, un espacio concreto o una sociedad, porque cada uno tiene sus propias valoraciones y caracterizaciones, y se produce en ellos una constante fragmentación de la historia y las formas de conocerla, percibirla o experimentarla.

Por otro lado, no podemos limitarnos a la pregunta: debemos indagar por dónde avanzamos con el fin de acercarnos al menos a una visión o análisis global del liberalismo, del capitalismo, de lo que pensamos por historia en un sentido real o ideal del concepto. Precisamente, pareciera ser que la aproximación que debemos hacer es fundamentalmente de carácter conceptual, pero también cuando hablamos acerca de los conceptos, el problema está en saber hasta qué punto los contenidos de esos conceptos utilizados se acercan o no a las realidades que tratan de describir. Siempre recuerdo, casi instantáneamente, una afirmación de Álvaro Jara en el sentido de que el concepto no vale por el conjunto de palabras que conforman la oración, sino por el significado de la definición en términos estructurales, lo cual le otorga una cierta continuidad en el tiempo. Nos hemos acostumbrado a ello, y es razonable que sea así, pero nos olvidamos igualmente de que los contenidos del concepto son también históricos y que, por lo tanto, van cambiando y van variando en sus significados [2].

---

[2] En términos textuales: «Lo importante de los elementos de la definición reside en su valor estructural, lo cual no les resta nada de su valor de funcionamiento. Este

Hoy en día todos somos liberales. Hace cincuenta años, el 80 por 100 de nuestros representantes políticos que se dicen liberales jamás habrían pensado en llamarse de ese modo porque la connotación del liberalismo era entonces de conservadurismo. El partido liberal (o los partidos liberales) formaba parte de las posiciones conservadoras, no solo en Chile, sino en toda América Latina. Nadie quería ser liberal, pero hoy todos lo son porque le han cambiado los contenidos al término y porque ser liberal no significa ahora mantener una posición política como la de antes, sino, a grandes rasgos, ser progresista..., pero ¿y cuál es la raíz del progresismo?, ¿la idea del progreso? Si es así, tenemos que precisar si hablamos de la idea del progreso ilustrado del siglo XVIII, del progreso modernizador (económico) del siglo XIX, del progreso científico-tecnológico del siglo XX o si ya hemos construido una nueva versión del mismo que sea válida para el siglo XXI.

El problema de los conceptos, y el problema de lo que define cuáles son sus contenidos, tiene que ver con algunas ideas y significados generales que hemos ido olvidando. Si hacemos un rápido recorrido sobre los discursos que escuchamos en la prensa, la televisión, el mundo intelectual, el mundo político, etc., podemos extrañarnos de que el concepto de capitalismo se ha ido soslayando y olvidando. No se discute tanto sobre el concepto de capitalismo en sí sino sobre las contrariedades que provoca el «modelo». En las últimas décadas el término neoliberalismo y hoy el término liberalismo se volvieron esenciales. En América Latina, seguimos mirando a Europa y sus experiencias, pero nos olvidamos de que tenemos dos caras: una de ellas nos hace mirar hacia atrás y pensar en Europa, mientras que la otra mira hacia el futuro con la vista puesta en China. ¿Y qué son los chinos?, ¿liberales, capitalistas o socialistas? Desde el punto de vista del régimen político, siguen siendo marxistas ortodoxos; desde el punto de vista de la inserción en esta historia mayor, son absolutamente capitalistas, ni siquiera liberales. Y es el capitalismo, por lo tanto, el que influye y da carácter a la etapa de desarrollo y el que define indudablemente a todos los liberalismos y a todos los conservadurismos: a todos, incluso, por pasmoso que resulte escucharlo, a todos los socialismos.

---

valor estructural garantiza una larga permanencia temporal en la arquitectura de la sociedad y los demás elementos en juego no consiguen escapar a esta línea organizativa primaria». Álvaro JARA, «Salario en una economía caracterizada por las relaciones de dependencia personal», en *Guerra y sociedad en Chile* (1961), 5.ª ed., Santiago, Editorial Universitaria, 1990, p. 310.

¿Y por qué? Porque el capitalismo, con independencia de las relaciones globales en términos de ser sistema —sistema global—, se define en sus etapas de desarrollo partiendo de una ley, no sé si natural, pero una ley que se ha dado a sí mismo y que supone que el crecimiento económico siempre es inestable y siempre es desigual. Siempre. Crecimiento económico inestable, crecimiento económico desigual. Si el crecimiento económico fuera estable, incluso para las grandes potencias o países desarrollados, no tendríamos problemas. Si el crecimiento económico, además de ser estable, fuera igualitario, no estaríamos hablando de capitalismo. La verdad y la realidad es esta otra: crecimiento económico inestable y desigual; a veces más liberal, a veces más conservador, a veces más socialista; hoy día más progresista, pero nunca olvidando ni soslayando las bases del capitalismo y las necesidades ascendentes de crecimiento económico para poder sustentar el desarrollo social. Por supuesto, no se puede ignorar el problema de la distribución y de sus tremendas desigualdades actuales. Es allí donde, finalmente, se conjugan las ideas con las realidades concretas. Allí es donde, diríamos, se decide hoy la historia.

Si hablamos de modelo, globalización, sistema, ¿se puede hablar de historia universal? Todavía hoy parece ser un término muy amplio. En el otro extremo, las particularidades, los regionalismos, incluso movimientos sociales muy específicos en sus propósitos, luchan por pasar de objetivos particulares, de minorías, a objetivos generales, de mayoría. La historia y los historiadores se mueven entre esos dos extremos, y necesitamos, una vez más, volver a los significados y a la comprensión de las complejidades de la actual etapa de desarrollo histórico y del modo como se conjugan las miles y miles de historias y las miles de experiencias. La gran paradoja es que, en un mundo que llamamos globalizado, la fragmentación interna de las sociedades y de los sistemas es cada vez más visible y amenaza con turbulencias mayores que retrotraen al pasado en vez de proyectar hacia el futuro que se venía pensando. En estos términos, ¿es posible volver a colectivizar la historia dentro de unos nuevos grandes proyectos sociales? ¿Es posible avanzar en el gran proyecto de una democracia liberal, con instituciones nacionales e internacionales que puedan asegurar el respeto a los derechos esenciales de los individuos y al mismo tiempo garantizar un adecuado equilibrio entre las sociedades ya desarrolladas con aquellas que buscan sus propios desarrollos? ¿Cómo hacer realidad, «materialmente» visible, una historia plural inclusiva? Hablando de pluralidad de casos, ¿cómo convertimos la diversidad en una sola idea?, ¿cómo

hacemos síntesis de toda ella? Quizás nos falte volver a proclamar valores universales con la fuerza que, por ejemplo, alcanzaron en su momento los grandes ideales de la Revolución francesa.

1. UN PARÉNTESIS: AMÉRICA LATINA Y LA UNIÓN EUROPEA

Mirada la historia desde América Latina, es también importante pensar cómo entra efectivamente en la globalización, en estos procesos actuales y en el capitalismo actual. No quiero hablar de mundialización porque parece un término muy acotado. En sus especificidades, se tiende a definir la historia en su diversidad, lo cual no debería impedir integrarnos en sensibilidades mayores. Compartimos similares problemas y seguimos muy semejantes discusiones. Sin embargo, los historiadores (nacionales) insisten en la diversidad porque nuestras formas de acercarnos a las fuentes y problemas del pasado tienen diferentes entradas, y por eso hemos construido y seguimos construyendo historias diferentes a partir de la continuidad de una idea de identidad pensada en el siglo XIX y consolidada en el siglo XX como un nacionalismo cultural. La búsqueda de identidades, pensadas como objetivos en sí mismas, desarrolla parcialidades y no totalidades mayores. Mucho se ha escrito y se sigue escribiendo al respecto. En la actualidad, a pesar de similares estructuras de pobreza y desigualdad que se extienden de norte a sur, lo político también tiende a la segmentación, impidiendo proyectos que eviten mantener, casi estructuralmente, las repetidas coyunturas de las «décadas perdidas». Las reflexiones y los discursos son muchos; los resultados, poco visibles:

> La característica que sobresale cuando se analiza con rigor el panorama político latinoamericano actual no puede ser otra cosa que la de la fragmentación. Este rasgo, insoslayable para describir la situación de las sociedades de la región, también se impone hoy —y tal vez de modo creciente, más allá de ciertos rasgos convergentes— en la visualización de las trayectorias de los sistemas políticos del continente. Si bien sobre esta temática se perfilan en la superficie algunas tendencias que enfatizan sobre rasgos y tendencias más o menos uniformes [...], un análisis más atento y profundo sobre estos procesos descubre de inmediato el signo neto de las divergencias y de la fragmentación de los rumbos [3].

[3] Gerardo CAETANO, «El cambio en la fragmentación. América Latina y su panorama político actual: una visión global», en J. RODRÍGUEZ E. y H. CASANUEVA (eds.), *¿Qué*

No cabe duda de que detrás de los proyectos políticos, o en paralelo, corren los proyectos económicos. Pero, más importante, en el subyacente de ambos están las voluntades reales de dirigentes y sociedades. Y, en este sentido, otra vez la historia. La historia del siglo XIX presente aún en el siglo XXI, sin pensar que las identidades como sentidos de pertenencias —no exclusivas— permiten, al mismo tiempo, sentirse igualmente partícipes de historias mayores. Las identidades no están ni en el origen ni en el resultado; están simplemente en el acontecer variado, múltiple, del desarrollo de las historias y de la historia. Plural y singular en una dialéctica permanente. ¿Es Europa un buen modelo? No es el caso entrar en una descripción de la historia europea de los últimos sesenta años. La conocemos bien. Lo importante es que, a pesar de las dificultades actuales por los problemas surgidos con una crisis económica desarrollada con tantos elementos ilógicos para los procesos que iban avanzando, Europa debería iluminar con mayor énfasis y reciprocidad sus relaciones con América Latina. Desgraciadamente, parece que no existe una preocupación primordial al respecto.

Aunque discutible, en una buena y actualizada síntesis respecto a sus pronósticos para la Europa de los tiempos más cercanos, Perry Anderson, en 42 páginas, no entra a considerar las sociedades existentes al sur de los Estados Unidos (América, los llama). Solo lo hace, en pocas líneas, en una crítica hacia la misma Europa:

> Desigualdad dentro de Europa; desigualdad entre Europa y los mundos que en otros tiempos dominó. La inmigración ha agudizado la primera. Pero su origen es la segunda. Esa desigualdad es mucho más marcada y ha traído a millones de personas procedentes de África, Oriente Medio, el sur de Asia y América Latina, que en la actualidad viven en la Unión y quieren pasar menos hambre, peligros y privaciones. Vienen huyendo de estos males, pero su llegada no contribuye a remediarlos. Si Europa se preocupara de verdad por el destino del resto del mundo, gastaría sus recursos en ayudar desinteresadamente a las regiones de las que proceden los inmigrantes, en lugar de importarlos despreocupadamente y expulsarlos cuando ya no se necesita su trabajo. Pero esto exigiría una voluntad colectiva capaz de desarrollar un proyecto auténtico, en lugar de quedar a merced de los mecanismos ciegos del mercado [4].

---

pasa con América Latina? Realidad política y económica de nuestra región, Santiago, A. Bello, 2008, p. 23.

[4] Perry ANDERSON, *El nuevo viejo mundo* (2009), Madrid, Akal, 2012, pp. 545-546.

Estas relaciones han sido analizadas con mayor matiz por Felipe González, quien sostiene que, aunque no se comprende suficientemente, América Latina tiene una especial trascendencia para la Unión Europea. Europa es el principal inversor, el primer socio comercial y el primer cooperante en el desarrollo de la región. Aunque América (Latina) debería figurar entre las prioridades europeas, su acercamiento con la Unión Europea debería alcanzar un triángulo civilizatorio, económico, comercial y cultural con Estados Unidos. Sin embargo, no es esa la realidad. Al respecto agrega un análisis y un deseo:

> En la región, de norte a sur y más allá de las divisiones ideológicas, se plantea el binomio desarrollo y cohesión social, estimulado por la búsqueda de respuestas centradas frente a la reaparición de dos utopías regresivas: la del fundamentalismo neoliberal —que ya se ha visto en esta crisis el resultado que ofrece— y la de una suerte de nueva izquierda que también con discurso populista nos retrotrae al siglo XIX. En medio de esta dinámica y de ese conflicto social, se buscan las reformas estructurales, los modelos económicos, que permitan crecer y redistribuir el excedente, con la voluntad de avanzar en una democracia incluyente que fortalezca el sistema [...y el deseo de que el] referente europeo esté presente en este esfuerzo por encontrar un modelo de desarrollo con cohesión social [5].

Importante la alusión a las utopías regresivas, señaladas en 2010, por su relación con los nuevos movimientos sociales que se han desarrollado, en Europa y América Latina, a partir de 2011 y hasta el presente.

Por supuesto, la historia futura, pero no tan lejana, de América Latina depende también de ella misma. Si acotamos el espacio y hablamos de sur-América, podemos observar lo que sucede también en la esfera mundial: una serie de sociedades divididas y una gran economía que busca mirar mucho más allá de las propias fronteras latinas. Y en esto hay toda una historia. En 1941, el recordado Stefan Zweig, antes de suicidarse al año siguiente, escribió un ensayo titulado *Brasil, un país de futuro*. Las décadas posteriores lo desmintieron y devino un largo periodo en que dicho país se debatió en contradicciones económicas, políticas y sociales muy distantes de sus capacidades y potencialidades. En los últimos años, en cambio, los vaticinios de Zweig, en el sentido de que Brasil sería un referente económico y tecnológico en el mundo, parecía que se estaban

[5] Felipe GONZÁLEZ, *Mi idea de Europa*, Barcelona, RBA, 2010, p. 212.

cumpliendo. Brasil es, de hecho, una de las potencias mundiales [6]. Pero en los contextos de la historia actual, el país carioca constituye un buen ejemplo de las incertidumbres actuales. Un par de problemas: primero, en su momento y ahora mismo, el despegue de Brasil no es recibido sin precauciones por parte de sus vecinos:

> Brasil aprovecha su creciente poderío económico y el éxito de sus programas de inclusión social para, con paciencia y discreción, construir un liderazgo regional basado en una política exterior y de defensa capaz de servir a sus intereses dentro de diez o veinte años. Algo insólito en América Latina, corroída por la inestabilidad y la falta de institucionalidad. Y algo que los restantes países latinoamericanos contemplan, por un lado, con interés y, por otro, con cierto resquemor [7].

Segundo, una situación de plena historia inmediata: mientras el país sigue creciendo, lo que permite realizar millonarias inversiones en el fútbol, deporte nacional por excelencia, en medio de una competencia internacional, las gentes igualmente deciden salir a la calle, se inicia una fuerte ola de protestas en más de ochenta ciudades contra la institucionalidad existente, contra la corrupción, contra los partidos políticos, contra la «clase gobernante», y la presidenta en ejercicio cae, bruscamente, de un 65 a un 30 por 100 de aprobación [8]. Es lo que estamos observando en gran parte del mapa mundial pero, extrañamente, mucho más en regímenes democráticos que en aquellos de carácter autoritario.

2. VOLVIENDO A LA HISTORIA EN GENERAL

No nos podemos despegar del pasado y por tanto necesitamos de todas nuestras experiencias y de todos nuestros conocimientos, pero no para quedarnos en ellos ni para tratar de recrear situaciones ya acontecidas. Tampoco debemos desconfiar demasiado o temer lo que se nos presenta como futuro inmediato. En un mundo que en parte importante de sus sociedades actúa en bloque, América Latina debe también constituir un bloque y, en el presente, su relación con Europa, siguiendo la experiencia europea, parece ser no solo

---

[6] Francho Barón, «Brasil va a por todas», *El País*, 11 de octubre de 2009, Sección Negocios, pp. 2-5.

[7] Soledad Gallego-Díaz, «Ansia de liderazgo», *El País*, *ibid*.

[8] Belén Miranda, «Popularidad de Rousseff cae 27 puntos tras protestas», *La Tercera*, Santiago, 30 de junio de 2013, p. 34.

positiva sino fundamental. Es una forma de entrar en la historia del siglo XXI. Integración es uno de los conceptos que precisa nuevos contenidos.

Así como pensamos en la historia, debemos también pensar en el papel de los historiadores y de los intelectuales. Cuando en el desarrollo de las ciencias, de la tecnología de la educación, se avanza hacia un posmodernismo inexistente para las grandes mayorías de la población mundial, los historiadores no pueden seguir contando la historia del pasado como lo harían los anticuarios. Cuando se dice, al modo de los franceses, la historia por la historia o la historia, siempre la historia, no se hace referencia al rescate del pasado, sino a la preocupación por el futuro. Ello significa también adecuación y cambio. ¿Se sigue decidiendo la historia en el mundo político y en sus instituciones? Pareciera que cada vez menos. ¿Se sigue decidiendo la historia partiendo en esencia de lo puramente militar? Si los ámbitos y contextos lo permiten, cada vez hay mayores resistencias para ello. ¿Se trata solo de un problema económico? Es en parte importante, pero no exclusivo. ¿De qué están constituidos los movimientos y los descontentos sociales? No hay respuestas únicas. En consecuencia, ¿por dónde deberían ir, también, las preocupaciones de los historiadores de comienzos del siglo XXI?

Quizás un buen ejemplo para no caer en tentaciones extremas —ni positivas ni negativas— sea recordar el interesante libro de Peyrefitte y la sociedad de la confianza [9]. A menudo pienso que estos tiempos son muy semejantes al siglo XVI. Quizás sí se podrían comparar con el siglo XII. Interesante descubrir un ciclo de cuatro siglos donde por momentos todo se antoja provisorio. La revolución silenciosa, profunda y capital descrita por Georges Duby: más pan para la mesa; la expansión de Europa, la llegada de los metales preciosos americanos, los orígenes de la ciencia moderna, la expansión de la imprenta y del libro; a fines del siglo XX, la caída de los socialismos reales, las readecuaciones del capitalismo financiero, la expansión a niveles impensados del crédito, los desarrollos acelerados de la tecnología que se superan prácticamente de día en día. ¿Qué es lo que sucedió y viene sucediendo? Si rescatamos el concepto del mismo Duby: ¡crisis de crecimiento! Y no hablamos solo de crecimiento económico. A partir de este se generan, a un ritmo mucho más dinámico e ilimitado, crecimientos en las expectativas, especialmente cuando, además, la riqueza de los más poderosos se

[9] Alain PEYREFITTE, *La sociedad de la confianza* (1995), Santiago, A. Bello, 1996.

hace demasiado evidente y ostensible. Entonces, en medio del milenarismo, grupos crecientes de campesinos demandan el paraíso terrenal; en medio de los asombros geográficos y de los misterios astronómicos develados, el racionalismo comienza a exigir el predominio civil de los derechos naturales; en medio de las posibilidades tecnológicas, del aumento de las esperanzas de vida y de las nuevas formas culturales de vida, los movimientos sociales exigen hacer efectiva una ciudadanía de participación directa. En todos los casos, una extraordinaria lección de dialéctica, sin apellidos. También un hecho palmario que se observa en la historia: lo mucho que cuesta llegar a alcanzar convergencias sociales y con cuanta facilidad emergen las divergencias.

Cuando las divergencias se contrastan adecuadamente, y las sociedades son capaces de lograr buenas síntesis entre mayorías y minorías, se entra en el círculo virtuoso de la historia. Cuando no sucede así y las divergencias se avanzan más allá de lo razonable, estamos en sus círculos viciosos. Es muy curiosa la demanda del racionalismo en la historia. La idea del progreso se basó en ella. Con los ilustrados, la razón entrando a velas desplegadas en una historia ya sin retorno. Claro que se referían a un concepto universal de razón y no a un concepto particular y específico de individuos y grupos sociales determinados. Los sistemas nacionales de educación originados a mediados del siglo XIX, base de las identidades de los nuevos Estados propiamente modernos y en proceso definitivo de consolidación, aseguraban de manera ambigua el disciplinamiento social interno de cada nación y, al mismo tiempo, la solidaridad y el respeto entre los pueblos. Nada de ello aconteció. Las dos guerras mundiales, y tantas otras de iguales grados de irracionalidad frente al «enemigo», nos han situado frente a una realidad lejana a lo que buenamente seguimos pensando por historia como el producto de la humanización de los individuos.

No podemos negar, por otra parte, cuánto hemos avanzado en la propia historia: logros demográficos increíbles que nos permiten actualmente vivir al menos dos historias respecto a lo que vivía el grueso de nuestros antepasados hace solo una o dos centurias; transformación de la vida material prácticamente sin límites en lo referente a las aplicaciones de una nueva tecnología en permanente evolución; un conocimiento extraordinario del planeta donde vivimos con capacidades de desplazamientos en tiempos que hace cinco o seis décadas eran inimaginables; procesos de democratizaciones políticas y un comercio a escala planetaria en constante crecimiento.

Hoy en día una parte importante de la humanidad ya no mira solo a su espacio inmediato, a su valle, a su país: está ante el mundo. Y, sin embargo, hemos sido incapaces de disminuir los desfases temporales y geográficos de la historia en general y las desigualdades (a veces extremas) en la distribución de los ingresos en las sociedades en particular. Obviamente, los ritmos y aceleraciones en el progreso continuo de la historia quedan supeditados, frenados, involucionados, hacia experiencias pasadas por la reiteración de crisis, conflictos, indignaciones que, en esencia, responden a similares molestias bajo nuevas formas.

Por todos los problemas aquí señalados y otros más, pero también por los nuevos surgidos en ramas del conocimiento aparentemente alejadas de la historia y de las ciencias sociales, los historiadores están llamados a construir nuevas miradas desde su disciplina. Junto con el económico, el análisis demográfico cobra cada vez más trascendencia. Junto con la antropología, la genética aparece con fuerza para analizar lo que está sucediendo en esos *laboratorios* de la historia donde lo que es proyecto un día, al siguiente es realidad. En la actualidad, los límites entre lo posible y lo imposible establecidos por Braudel han sido superados, y lo real y lo virtual aparecen entremezclados. La ciencia es también historia inmediata. Por lo demás, si queremos seguir pensando la historia como esencialmente humanista, es preciso repensar y actualizar hasta la misma filosofía.

En términos más factuales, traducido el liberalismo a otro de los conceptos más usuales dentro de los vocablos de las ciencias sociales, el de modernidad, encontramos en él un verdadero tejido de variables, dependientes e independientes, que nos explican gran parte de nuestro pasado y de nuestro presente: una verdadera encrucijada de múltiples caminos entre los cuales debemos encontrar el más creativo y el que más se ajuste para conjugar la diversidad y la unicidad de esto que llamamos la historia de la humanidad. La modernidad no existe como meta porque en ese caso seríamos a-históricos. No podemos decir que queremos ser modernos para definirnos y buscar una identidad determinada en un momento preciso. La modernidad es también evolución, es transformación y no puede simplemente determinarnos partiendo de algún elemento definitorio que nos haga creer que ya lo hemos logrado. Que finalmente podemos estar tranquilos, que la historia ha terminado.

La realidad es más dura, pero también más apasionante. Si en estos tiempos aceptamos, por ejemplo, la teoría de la expansión del

universo, esa teoría, si es realidad, funciona, pero funciona ordenadamente. En cambio, no tenemos cómo compararla con lo que sucede en el plano de los hombres. Si aceptamos una nueva expansión de los movimientos sociales, de la historia, no ocurre como en el orden del universo: ocurre en términos desiguales y es, en ese de orden, donde debemos encontrar ciertos puntos de claridad que nos permitan repensar nuestro destino siempre cambiante e incierto a la vez. Lo importante es seguir avanzando y no retrocediendo. ¡Gran papel de la historia y gran responsabilidad de los historiadores!

REFLEXIONES SOBRE HISTORIOGRAFÍA: ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

Horst PIETSCHMANN
Universidad de Hamburgo

1. INTRODUCCIÓN

Reflexionar sobre el futuro, en especial al comienzo de un nuevo siglo, incluso milenio, es una tarea ardua para cualquier intelectual. Lo es particularmente para un historiador que ha dedicado gran parte de sus investigaciones a la historia moderna —específicamente, colonial hispanoamericana—, dejando lo contemporáneo en varias coediciones a su colega y amigo Walther L. Bernecker, también presente en estas reflexiones. Pero como casi todas las tesis doctorales que he dirigido trataron de temas contemporáneos y además me he ocupado siempre de la historia de la historiografía latinoamericana, me atrevo a realizar un ejercicio de esta envergadura, consciente de que, dejando a un lado el criterio algo formalista sobre las investigaciones realizadas, conforme avanza la edad adquieren un peso mayor las experiencias propias en un campo de los estudios históricos que desde el comienzo asumieron un carácter internacional muy marcado. Con todo, en una actualidad en la cual se publican libros que «enseñan» cómo se habla de libros o de lugares que uno no ha conocido [1] o, para referir otro ejemplo, bre-

[1] Cfr. Pierre BAYARD, *Comment parler des livres que l'on n'a pas lus?*; *id., Comment parler des lieux où l'on n'a pas été*. Ambos libros, Paris, Editions de Minuit. Se consultaron las traducciones alemanas, München, Kunstmann, 2007 y 2013.

ves historias de casi todo [2], reflexiones como la que propone Pedro Pérez Herrero no resultan fáciles. Vamos a intentar, entonces, desde la actualidad un regreso tanto historiográfico como autobiográfico al pasado para encontrar categorías o criterios que, proyectados de nuevo al presente, puedan servir para el debate que se intenta de cara al futuro. Sin ser especialista en historia financiera, intentaré introducir el tema a través de esta disciplina porque en la actualidad la mayor parte de los problemas políticos con los que tropezamos a diario en los medios de comunicación derivan de lo que ha venido a llamarse «mercado financiero».

2. UNA MIRADA HISTÓRICO-POLÍTICA A LOS PROBLEMAS ACTUALES

El problema de los referentes desde luego no es nuevo. Así, por ejemplo, Thomas Carlyle escribió en 1843: *«We have profoundly forgotten everywhere that Cash-Payment is not the sole relation of human beings»* [3]. Una observación, por cierto, que, junto con otras referencias al pasado, trae a colación Niall Ferguson para ilustrar antecedentes de su obra y que no se les habría ocurrido expresar a otros europeos continentales, que ni siquiera disponían de monedas estandarizadas y tenían que recurrir a una multitud de acuñaciones distintas o a moneda de papel. Cabría preguntar a qué se refería con *cash* en aquel entonces para los distintos países: ¿moneda de valor intrínseco, es decir, metálica de cobre, plata u oro, o moneda de papel, de la cual había que desprenderse cuanto antes para evitar la disminución del valor impreso que ostentaba el papel recibido? Ferguson, por otra parte, escribió su libro cuando ya en Estados Unidos el pago al contado —en *cash*— estaba cayendo en desuso, relegado por el pago en dinero en plástico, es decir, con tarjeta de crédito. En muchos países europeos, en cambio, aún se entrega al obrero su sueldo, bien contado por la empresa, en una bolsa de papel sin intervención alguna de un banco. De suerte que el problema de lo coetáneo de fenómenos no-coetáneos se presenta desde el principio de tales reflexiones. Este problema ha recibido incluso en la historiografía mucha atención en los últimos tiempos, como ates-

---

[2] Bill Bryson, *A short History of Nearly Everything*, New York, Broadway Books, 2003.

[3] Cfr. Niall Ferguson, *Money and Power in the Modern World, 1700-2000,* New York, Basic Books, 2001. Carlyle reflexionó sobre estos temas en *Past and Present*, 1843.

tiguan obras recientes, en especial *The Oxford History of Historical Writing* [4]. También en Alemania acaba de publicarse una obra con un enfoque similar [5], por mencionar solo las más nuevas con las que me he topado. Todos sabemos que la historiografía es un campo casi tan antiguo como la historia misma, pero resulta de interés que ahora se trate de «culturas historiográficas», una tendencia que también refleja por lo menos de forma implícita el volumen consultado de la *Oxford History* mencionada. Pero dejemos el significado de esta tendencia para más adelante y continuemos con las reflexiones financieras.

Siguiendo con el mundo de las finanzas, es preciso recordar además que en pequeñas islas del Caribe, del Canal de la Mancha o en Gibraltar u otras entidades minúsculas en tierra, se movilizan cifras de dinero que superan en cerca de ochenta veces las sumas de dinero que se mueven a través del mercado financiero regulado por grandes bancos o bolsas en los Estados nacionales que funcionan entre sí de acuerdo con el Derecho internacional y disponen de ciertos mecanismos de supervisión bancaria [6]. Por no hablar de la especulación financiera por computadoras que empleando ciertos algoritmos reaccionan en el acto al recibir una información determinada, sin intervención humana, transfiriendo en menos de un

---

[4] La obra está proyectada como panorama mundial de la historia de la historiografía en 5 volúmenes cronológicos: vol. 1, *Beginnings to AD 600*; vol. 2, *400-1400*; vol. 3, *1400-1800*; vol. 4, *1800-1945*; vol. 5, *Historical Writing since 1945*. Cfr. Daniel Woolf (ed.), *The Oxford History of Historical Writing*. Solo he consultado el volumen 3, editado por José Rabasa, Masayuki Sato, Edoardo Tortarolo y Daniel Woolf, Oxford University Press, 2012. Lo que llama la atención es que en el Advisory Board están representados, además de anglosajones que trabajan en universidades anglosajonas, dos alemanes de Essen y Konstanz, un holandés de Ámsterdam, un hindú de Delhi, un palestino que trabaja en la American University de Beirut y una italiana de Bolonia. El mundo ibérico destaca por su ausencia, confirmando así la crítica del papel dominante anglosajón en formular las categorías y los criterios de evaluación de textos de humanidades expresadas hace un par de años en la «Declaración de El Colegio de México. Las revistas de historia en el mundo de habla hispana y portuguesa», en *Historia Mexicana*, vol. LX, núm. 1, julio-septiembre de 2010, núm. 237, pp. I-XIX.

[5] Georg G. Iggers, Q. Edward Wang y Supriya Mukherjee, *Geschichtskulturen. Weltgeschichte der Historiografie von 1750 - heute. Aus dem Englischen übersetzt von Susanne Hornfeck und Andrea Ott,* Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013, 416 pp. Como los autores de este libro aparentemente no colaboran en la *Oxford History* mencionada en la nota anterior, parece lícito hablar de cierta coincidencia sobre tales estudios.

[6] Cfr. sobre el particular el debate acerca de la abolición de la *Glass-Steagall Act* en Estados Unidos en 1999, que abolió la separación institucional entre bancos tradicionales que facilitan créditos en virtud de los depósitos de sus clientes, y los bancos de inversión *(investment-banking),* en *Wikipedia,* «Glass-Steagall-Legislation».

segundo miles de millones de un continente a otro, de una bolsa a otra o de banco a otro [7]. Estos procedimientos producen crisis monetarias, bancarias y económicas en ciclos cada vez más cortos que ni juntas periódicas de jefes de Estado, los G-6, G-8, G-20, logran controlar. El sistema financiero internacional se ha ido independizando tanto del control estatal como de la economía real de producción, compra y venta de bienes, creando sus propios instrumentos financieros, inflando la suma de los valores circulantes o reduciéndola en bajas de valores bursátiles, en alzas de inflación, en manipulación de tasas de interés, etc., según los casos. Este juego desenfrenado del mercado de finanzas independizado, en el cual los actores adoptan riesgos enormes en busca de tasas de ganancia desorbitadas, se ha convertido entretanto en un peligro para la economía mundial y, lo que es más, se escapa de los métodos de trabajo del historiador, ya que, si acaso, solamente se podrá reconstruir a través de los registros de la NSA estadounidense que, como ya hemos aprendido, controla con cierta eficacia la comunicación digital. Se producen así bancos *«too big to fail»* que la política, temiendo las consecuencias de su quiebra, salva mediante créditos enormes procedentes del contribuyente.

Así se juntan a los *failed states,* cuyo número va en aumento también por razones culturales, como explicó Samuel Huntington [8] en su momento. La comunidad internacional de Estados no puede desentenderse ni de los unos ni de los otros. Tales bancos se produjeron, como bien se sabe, en grandes cantidades sobre todo dentro de la Comunidad Europea en el marco de la crisis del euro, la moneda común de la mayoría de los países de esta comunidad, después de quiebras similares en Estados Unidos. En 2009 David Marsh publicó una historia bien documentada sobre el euro [9], recorriendo su trayecto según las fuentes desde los inicios de la fundación de la Unión Europea del Carbón y del Acero en 1952 hasta en torno a 2008. En este libro ya se analiza con bastante acierto, recurriendo a un nutrido cuerpo de fuentes, una serie de las flaquezas fundacionales de dicha moneda. Las atribuye

---

[7] No siendo especialista ni conociendo la terminología especializada en español, remito a *Neue Zürcher Zeitung,* núm. 201, 31 de agosto de 2013, pp. 16-17.

[8] Samuel Huntington, *Political Order in Changing Societies*, prólogo de Francis Fukuyama, New Haven, Conn., Yale University Press, 2006; conviene señalar que Fukuyama ya en 1992 pronosticó «el fin de la historia» ante el derrumbe de la Unión Soviética y su sistema político en Europa oriental.

[9] David Marsh, *The Euro. Politics of the new global currency*, New Haven, Conn., Yale University Press, 2009.

en último término al acuerdo entre el presidente francés, François Mitterrand, y el canciller alemán, Helmut Kohl, tomado en una entrevista personal en la cual Mitterrand puso como condición para la reunificación alemana de 1992 la introducción rápida del euro. A causa de estas flaquezas, Marsh pronosticó una grave crisis de la moneda común europea para más o menos 2017-2018. Sabemos bien que esta crisis comenzó ya casi al publicarse su libro, buena prueba de que hasta para los expertos en una materia tan compleja como lo es el mundo de las finanzas la historia se ha acelerado sobremanera. Esta aceleración ya se notó en 1989 con la apertura del muro de Berlín y el derrumbe consiguiente del sistema político de la Unión Soviética, que al menos de forma indirecta se atribuye también a la imposibilidad de seguir financiando la carrera de armamento desencadenada por el presidente estadounidense Reagan y su *Star Wars.* Junto con este concepto, se deben a esta presidencia términos como *Reaganomics* y la difusión de «neoliberalismo» y «globalización». En cambio, se empezó a abandonar poco a poco «colonialismo» y «tercer mundo» [10], que lentamente se fueron sustituyendo por «imperios» —desde la antigüedad hasta la actualidad— en el contexto nuestro vinculado con el Atlántico, como espacio que se prestaba para cubrir la época moderna y contemporánea. Desde una perspectiva más amplia es preciso mencionar que por entonces comenzaron a difundirse también conceptos como «posmoderno», «poscolonial» y «subalterno». Para situarnos ya definitivamente en nuestro campo, es preciso recordar que bajo el presidente Reagan se produjo también la caída de los regímenes militares en América Latina, fomentada en gran medida por las deudas contraídas por los gobiernos militares que no se prolongaron, produciendo la «crisis latinoamericana de la deuda» de mediados de la década de 1980. Esta crisis la «solucionó» entre 1987 y 1989 el Plan Brady, un experto en inversiones bancarias que en 1988 llegó a ser ministro de Hacienda de Estados Unidos [11], convirtiendo la deuda en bonos para inversionistas que se vendieron en las bolsas, alargando plazos de pago y reduciendo así las tasas de interés.

---

[10] Mientras Fukuyama proclamaba en torno a 1992 «el fin de la historia», en Alemania Ulrich Menzel publicó *Das Ende der Dritten Welt und das Scheitern der großen Theorie,* Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1992. Ambos autores documentaban en cierta forma la perplejidad del mundo de las humanidades ante los sucesos completamente inesperados de los años 1989 a 1992.

[11] Cfr. *Wikipedia,* «Plan Brady».

3. ALGUNAS EXPERIENCIAS PERSONALES DE INTERÉS HISTORIOGRÁFICO [12]

Entre 1978 y 1996, desde que, una vez superada la fase de las calificaciones universitarias precisas, empecé a trabajar como joven profesor y hasta que terminé mi mandato como decano de facultad en Hamburgo, viví algunas experiencias que tuvieron cierta repercusión en nuestra disciplina e incluso la trascendieron.

Como joven profesor que se había ocupado en sus dos tesis —doctoral y de habilitación— de Hispanoamérica durante el siglo XVIII, primero, y el siglo XVI después, me interesé por temas de historia contemporánea latinoamericana. En el marco de un proyecto pluridisciplinario financiado por la Fundación Konrad Adenauer, trabajé sobre aspectos de la integración latinoamericana, teniendo la oportunidad de investigar en las oficinas de la ALALC en Montevideo, en el INTAL de Buenos Aires, en la Fundação Getúlio Vargas en Río de Janeiro y en la CEPAL de Santiago de Chile [13]. De esta experiencia y las varias entrevistas con actores del proceso me impresionó no solo observar la diferencia marcada entre la profesionalidad de los funcionarios políticos y las asociaciones industriales, por un lado, y los oficiales de carreras administrativas, por el otro, sino también haber podido apreciar algunos detalles no públicos del programa de colaboración atómica que en torno a 1967 habían acordado Alemania y Argentina pero que a raíz de las intervenciones políticas de Estados Unidos no se continuó.

Esta experiencia me convenció de que era necesaria la colaboración internacional y así, por sugerencia de Magnus Mörner (Estocolmo), fui elegido en 1981 secretario general de la naciente Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA) [14] e intervine como coorganizador en 1985 y 1987 en los congresos trienales en Florencia (Italia) y Szeged (Hungría). Como ya en Florencia resultó evidente que había que procurar una afi-

---

[12] Sin querer caer en la autobiografía, me gustaría relatar algunos detalles que desde una perspectiva internacional podrían ser de interés más amplio.

[13] Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, Instituto para la Integración Latinoamericana, Comisión Económica para América Latina (de la ONU), respectivamente. El resultado de la investigación fue Horst PIETSCHMANN, «Integración y burocracia en América Latina desde el punto de vista histórico», en Manfred MOLS (ed.), *Integración y cooperación en América Latina,* Mainz, Institut für Internationale Solidarität. Konrad-Adenauer-Stiftung, 1981, pp. 57-117.

[14] Cfr. *http://www.ahila.net/*; el autor ya no es miembro de dicha asociación.

liación a la Commission Internationale des Sciences Historiques de la UNESCO, en 1986 se organizó en París por mediación de Frédéric Mauro una reunión de la cual resultó la CIHL (Comisión Internacional de Historia de América Latina), que logró la afiliación deseada con la finalidad de obtener una mayor presencia temática latinoamericana en los congresos internacionales de historia que la Commission Internationale organiza cada cinco años [15]. El mismo año del congreso de la AHILA en Florencia sobre «América Latina: Dallo Stato Coloniale allo Stato Nazione (1750-1940)», en 1985, se celebró en Stuttgart el Congreso Internacional de Ciencias Históricas sobre el tema principal «Encuentro con el otro», marcando ambos un viraje de temas de historia económica a una historia política renovada, por un lado, y a la historia cultural y de los discursos, por el otro [16]. Estas tendencias se reforzaron en los años siguientes por la repercusión de los preparativos para el Quinto Centenario de Colón, que en España habían empezado incluso ya antes con un acento muy marcado de historia religiosa [17]. También en 1985, la OEA aceptó la moción mexicana, presentada por Miguel León-Portilla como presidente de la Comisión Nacional Mexicana para el Quinto Centenario, que, argumentando con buenos fundamen-

---

[15] En aquella reunión de París participaron junto al anfitrión Frédéric Mauro, Magnus Mörner, Marcello Carmagnani y quien escribe. Como la Commission Internationale no permitía la afiliación de asociaciones continentales, había que procurar la formación de una entidad más amplia. Para tal fin se juntaron la CLAH norteamericana, la ADHILAC latinoamericana y la AHILA. La CIHL tenía que aportar anualmente 500 dólares de cuota a la Commission Internationale, suma cuya parte después del Congreso Internacional de Ciencias Históricas de 1990 la AHILA ya no pudo saldar, con lo que se produjo el fin del CIHL y del vínculo con la Commission Internationale. Sin embargo, desde entonces algunas comisiones nacionales de países latinoamericanos actúan de forma muy eficaz en este esquema internacional.

[16] Dicho sea de paso que de ahí resultó también la propuesta renovada —después del fracaso de un proyecto iniciado ya en 1965— de editar un manual de historia de América Latina en la editorial Klett-Cotta y financiado por ella, iniciativa de la que salió varios años después la obra siguiente: Walther L. Bernecker, Raymond Th. Buve, John R. Fisher, Horst Pietschmann y Hans Werner Tobler (eds.), *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas,* 3 vols., Stuttgart, 1992-1996. Fue el primer manual de historia de una región no europea en alemán, un esfuerzo común de síntesis emprendido por miembros de la AHILA, que desde comienzos de la década de 1990 contó con el apoyo financiero de la Comunidad Europea para realizar durante varios años en Florencia un coloquio internacional de profesores y alumnos avanzados con objeto de discutir investigaciones en curso. Desde luego, el manual era uno de los muchos intentos de hacer un balance de las historias latinoamericanas realizadas tanto en Europa como en América entre las décadas de 1980 y 1990.

[17] Con la finalidad de hacer frente a la historia eclesiástica de tono liberacionista que, promovida por Enrique Dussel en Cuernavaca, publicaba la CEHILA, *http://ospiti.peacelink.it/zumbi/memoria/cehila/home.html*.

tos históricos, propuso sustituir los conceptos de «descubrimiento» y «expansión europea» por el de «encuentro de culturas», porque América estaba poblada por culturas indígenas históricamente activas y no solo víctimas pasivas de los europeos. Mientras la OEA generalizó desde entonces el concepto propuesto por la delegación mexicana, tanto en América como en Europa se levantó una polvareda de debates polémicos y hubo incluso incidentes diplomáticos en 1992 [18], asuntos a los que dediqué varios artículos.

Asimismo, me impresionaron los esfuerzos y gastos extraordinarios en obras públicas y eventos científicos con motivo de la Exposición Universal de Sevilla de 1992 que organizó y financió el Estado central. Se creó hasta una Sociedad Estatal para el Quinto Centenario que después continuó actuando con aportes financieros sustanciales para los centenarios de Felipe II y Carlos V, y acabó generalizándose para este tipo de ocasiones con el fin de promover la España histórica. En 1992 también las nuevas comunidades autónomas realizaron esfuerzos significativos para demostrar los vínculos históricos con América. Habiéndome beneficiado mediante invitaciones a muchos de estos eventos culturales, confirmé cada vez más la impresión de que aquello era una puesta en escena para afirmar el Estado central frente a las reclamaciones políticas de las autonomías o que respondía a otros fines políticos, como por ejemplo, afirmar los vínculos con Hispanoamérica, presentando una España moderna para facilitar inversiones en los antiguos dominios, inversiones que de hecho efectuaron algunos bancos o Telefónica.

Del mismo modo, resultó interesante observar cómo en el contexto de estos acontecimientos Brasil se mantuvo estrictamente aparte, mientras que el conjunto de los Estados hispanoamericanos se dividió políticamente a lo largo de los problemas de identidad, ya sea reinterpretando héroes como Simón Bolívar en el caso de Venezuela o reivindicando identidades indígenas, como Bolivia y Ecuador, ya sea cultivando una tradición revolucionaria como Nicaragua o afirmando su tradición europea en el caso de Chile. Por su parte, México, en menor medida y con algún retraso, promovió junto con su pasado indígena su tradición virreinal imperial. Estas tendencias se afirmaron cada vez más conforme los países se iban acercando a

[18] Solo quisiera mencionar que a raíz de los debates, el presidente de la República Federal de Alemania se negó a inaugurar la exposición que había preparado en aquel entonces el Instituto Iberoamericano de Berlín, a pesar de que presentaba una visión ambivalente y nada triunfalista. Esta postura presidencial no debió de ser del agrado de los embajadores latinoamericanos que asistieron al evento.

los bicentenarios de su independencia, mientras de forma paralela Brasil comenzaba paulatinamente a influir y hasta controlar a sus vecinos política y económicamente debido a su potencial de recursos naturales y energéticos, y en medida creciente, también industriales, culturales y hasta demográficos.

4. ¿QUÉ CONCLUSIONES CABE EXTRAER DE ESTAS EXPERIENCIAS?

En primer lugar, parece que la historia se está orientando cada vez más en determinado sentido desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Primero fueron los organismos internacionales en lo referente a temas e infraestructura, y desde fechas recientes también los organismos nacionales, puesto que los Estados nacionales están influidos en América Latina por las dependencias científicas de la OEA o por la UNESCO, y en Europa también por la UNESCO y en medida creciente por los acuerdos políticos en el marco de la Comunidad Europea, siendo el acuerdo de Bolonia el ejemplo más contundente. A partir de la década de 1950 se trató más bien de orientar e influir de forma indirecta a las comunidades internacionales de historiadores. He intentado sintetizar esta tendencia en el esquema siguiente, que es un adelanto de un estudio más amplio pero ya desarrollado en trabajos previos [19]. Explicado en pocas palabras, se trata de un árbol cronológico para América Latina y Europa en el cual se señalan tendencias historiográficas en ambos lados del Atlántico que se pueden precisar aproximadamente.

No existen estudios de conjunto sobre esta temática, aunque al cumplir cien años Silvio Zavala, El Colegio de México publicó algunos trabajos sobre esta gran figura que en los inicios del proceso tuvo un papel importante del lado latinoamericano en estas actividades, y en Chile se publicó un tomo de correspondencia sobre

---

[19] Horst PIETSCHMANN, «La historia de América Latina como subdisciplina histórica», en *Diálogo Científico* (Tubinga), vol. 9, núm. 1/2, 2000, pp. 9-43; cfr. también *id.,* «Historia latinoamericana en relación con las ciencias históricas», en Shozo MASUDA (ed.), *Estudios Latinoamericanos en Alemania y Japón*, Tokio, Fundación para el Desarrollo de la Etnología, 2000, pp. 113-135; *id.,* «Historiografía sobre la Iglesia en América Latina», en P. Luis FERROGGIARO y Víctor Manuel OCHOA CADAVID (coords.), *Los últimos cien años de la evangelización en América Latina. Centenario del Concilio Plenario de América Latina*, Simposio Histórico, Ciudad del Vaticano, 21-25 de junio de 1999, Actas, Ciudad del Vaticano, Pontificia Commissio pro America Latina, 2000, pp. 1145- 1161.

HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE AMÉRICA LATINA EN

AMÉRICA LATINA		EUROPA/EUA
Historia nacional desde la emancipación y antecedentes inmediatos		Historia del descubrimiento y de la conquista/historia contemporánea
OAS/OEA, IPGH	1948 ss.	UNESCO, Comisión Internacional de Ciencias Históricas
Programa de Historia de América. Revista de Historia de América. Institutos nacionales delegados, guías, etc.		Historia de la expansión. Historia colonial latinoamericana. Historia atlántica (congresos quinquenales, guías de fuentes)
	Historia colonial latinoamericana siglos XVI y XVIII. Historia moderna de España	
	1970 ss.	
Desarrollo de archivos latinoamericanos y creciente recurso a fuentes americanas		Creación de nuevas revistas
	1985 ss.	
Resolución OAS «Encuentro de dos mundos»	Historias generales de América Latina	Congreso Internacional «Encuentro con el otro»
Estudios de historia prehispánica, conquista, indígenas		Colón, descubrimiento, imagología, fuentes europeas, debates sobre discursos
	1990 ss.	
Fuentes indígenas, historia eclesiástica		Discursos sobre Imperio, historia atlántica, trata de esclavos africanos, metales preciosos
	1998/2000 Centenarios Felipe II y Carlos V	
Antecedentes dieciochescos. Independencia de las metrópolis y periferias americanas	ca. 2003 ss.	Imperios atlánticos Imperios en general
Independencia 1750-ca. 1850, contribución del pasado indígena y derrumbe del Imperio español		Aportes de otros grupos étnicos: papel indígena en conquistas y desarrollo del sistema español

Rolando Mellafe, quien trabajó en el primer centro propiamente latinoamericano en Santiago [20].

Poco se sabe en general del papel de las organizaciones plurinacionales —quizás con la excepción de la CEPAL—, empezando con el primer Congreso Panamericano en 1826 y más tarde la Unión Panamericana, la Sociedad de Naciones en Ginebra, la OEA [21] y la ONU, ni se conocen sus influencias dentro de los países. Ya existe desde hace tiempo la organización internacional United Cities and Local Government, con más de mil miembros, que celebra congresos anuales en los cuales se discuten problemas municipales más allá de filiaciones políticas e ideológicas, centrados en buscar soluciones pragmáticas, según la versión oficial; lo mismo se puede decir de la ya antigua International Labor Organization (ILO), sobre la cual, si acaso, salen de vez en cuando brevísimas notas en la prensa. Igualmente hay uniones industriales, bancarias y otras agrupaciones en defensa de intereses comunes que pretenden alcanzar influencia y, en todo caso, logran inclinar la opinión pública con mayor facilidad que la historiografía.

Desde fines del siglo XX la influencia es más directa y nacional. Organismos científicos como los Conicet, Conacyt o cualquier otro de América Latina pagan a los historiadores —aparte de lo que reciben por concepto de docencia de su universidad— un sueldo jerarquizado de acuerdo con sus méritos por las investigaciones que realizan, sobre las cuales tienen que informar con regularidad periódica. Con el sistema del acuerdo de Bolonia europeo, las universidades pagan sueldos básicos, más sumas adicionales negociables por méritos, pero no financian ya investigaciones. Por tanto, el historiador tiene que acudir a fundaciones tanto estatales como privadas para solicitar financiación que cubra lo que se propone

---

[20] «Epistolario de Rolando Mellafe Rojas», selección y notas de María Teresa GONZÁLEZ P., *Fuentes para la Historia de la República,* vol. XXV, Santiago de Chile, DIBAM, 2005; Andrés LIRA (ed.), *Exilio político y gratitud intelectual. Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-1946),* México, El Colegio de México, 2012; más como fuente, Andrés LIRA y Alberto ENRÍQUEZ PEREA (eds.), *Silvio Zavala. Primeras jornadas, 1931-1937*, México, El Colegio de México, 2009.

[21] Por cierto que en las entidades que aún funcionan a veces es difícil lograr acceso a sus archivos. Un alumno de doctorado mío consiguió acceso a los repositorios de la OEA solamente a través de O. Carlos Stoetzer, antiguo funcionario de esta entidad. Cfr. Klaas DYKMANN, «Philantropic Endeavors or the Exploitation of an Ideal? The Human Rights Policy of the Organization of American States in Latin America (1970-1991)», *Bibliotheca Ibero-Americana*, vol. 101, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 2004, 505 pp.

investigar. La reglamentación estatal en Alemania ya empieza a producir oposición, pues se argumenta que el derecho constitucional de la libertad de investigación y docencia se está limitando. Las capacidades profesionales de los historiadores latinoamericanistas en las distintas universidades se han ido agrupando en dos centros de estudios regionales en Berlín y Colonia que trabajan temáticas generales como desigualdades o plurietnicidad. Esta tendencia reglamentadora señala que, al menos en humanidades, lo que más importa es la educación, mientras que lo correspondiente a investigación se dirige más bien de forma indirecta a través de concesión o denegación de subsidios. Paralelamente, se han ido debilitando las asociaciones profesionales porque a través de Internet se forman nuevos grupos de colaboración tanto nacionales como internacionales en virtud de intereses muy variados. La afluencia a los congresos de estas asociaciones es cada vez más numerosa y ocupan tanto a los organizadores que, a pesar de abordar grandes temas, al final del congreso suele echarse en falta el esfuerzo de organizar secciones que saquen conclusiones y precisen resultados.

Según afirma la «Declaración de El Colegio de México» citada *supra* en la nota 4, también en Alemania y otros países europeos existe cierta presión no solo para orientarse por parámetros anglosajones, sino incluso para escribir y publicar en inglés. Las entidades públicas que financian la investigación exigen cada vez más que las investigaciones se publiquen de acuerdo con el esquema de «acceso público» y en lo posible directamente en Internet. Así se han reducido de forma notable los apoyos para la impresión de libros, apoyos que más bien facilitan fundaciones privadas y no públicas.

Por lo demás, considero necesario afirmar que la disciplina de la historia como tal está en crisis. Por un lado, se han agregado a los métodos tradicionales de la investigación histórica nuevas fuentes de conocimiento, como son, por ejemplo, la arqueología y la arqueología submarina —que han tomado un gran auge incluso para épocas poscolombinas—, las fuentes pictográficas y de grabación, empezando con fotos vía películas antiguas, escenografías teatrales o conferencias por teléfono grabadas: en fin, todo lo que concierne a los nuevos medios de comunicación, hasta lo referente a Internet. Sin embargo, con la digitalización de fuentes de archivo, se pueden producir errores si los lectores se fijan únicamente en los textos históricos y descuidan los contextos de la colección, del documento mismo, etc. Junto con todo lo mencionado, han adquirido una importancia mucho mayor las artes como la pintura, la música o

la danza histórica: es decir, fuentes materiales o de otro tipo han adquirido mayor importancia y requieren una reubicación metodológica en la disciplina que se ha ido extendiendo en amplitud hacia una historia cultural que se confunde con las humanidades de forma general, perdiendo así su carácter explicativo clásico sin que se haya ido redefiniendo nuevamente. Los títulos mencionados al principio lo demuestran bastante bien.

También en lo conceptual justo ahora se empiezan a definir conceptos tanto históricos como actuales [22]. El concepto tan habitual de «globalización» se utiliza de forma muy variada y aplicado a periodos muy distintos, como «la primera globalización», que se atribuye tanto al siglo XVI como al XIX o al XX, y apenas se distingue de conceptos alternativos como «historia mundial», «historia universal», o se utiliza incluyendo determinadas historias de grandes regiones geográficas, ya sean continentales o marítimas, como «Mediterráneo», «Atlántico» y las demás zonas marítimas grandes. En cambio, el concepto «glocalización», empleado sobre todo por las ciencias sociales en el sentido estricto, aún no ha despertado gran interés entre los historiadores, a pesar de que parece presentar una solución a los dilemas de la disciplina.

5. PERSPECTIVAS PARA EL FUTURO

Ya existen algunos intentos de superar problemas, como los mencionados, propuestos por los antropólogos. Así, por ejemplo, el biólogo norteamericano Jared Diamond presenta una manera de afrontar los asuntos mencionados con una aproximación antropológica, incluso con expresa referencia a América [23]. Esta forma de tratar la historia ya ha obtenido bastante aceptación, como lo demuestra la *Cambridge History of the Native Peoples of the Americas* en seis gruesos volúmenes. Cada volumen tiene dos editores: un antropólogo o arqueólogo y un historiador especializado en la historia poscolombina de las sociedades indígenas americanas. Habiendo reseñado los dos volúmenes correspondientes a Mesoaméri-

---

[22] Cfr. Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750- 1850,* Madrid, Fundación Carolina, 2009. También se encuentra en Internet.

[23] Jared DIAMOND, *Guns, Germs, and Steel. The Fate of Human Societies,* New York, W. W. Norton & Company, 1997; *id., Collapse. How Societies Choose to Fail or Succeed,* New York, Viking, Penguin Group, 2005.

ca y revisando los demás solamente por encima, se impone que las partes prehispánicas organizadas según la línea arriba mencionada resultan mucho más convincentes por su metodología que las partes supervisadas por el historiador correspondiente [24]. Cabría discutir hasta dónde influye en esta impresión el hecho de que las culturas prehispánicas están mucho más distantes y son mucho más ajenas para los investigadores que se ocupan de ellas que en el caso de un historiador que, viajando por las regiones sobre las que trabaja, queda mucho más impresionado por lo que ve. Con todo, este fenómeno remite al problema «globalización-glocalización». El concepto mencionado en segundo lugar es mucho más cercano a la realidad que vive la gente, porque el contorno local como el ambiente de vida siempre es y será el contexto más próximo, aunque repercutan en él más o menos las consecuencias de la globalización y la sociedad local correspondiente esté conectada a Internet. De esta manera, se recomienda para el historiador tratar al mismo tiempo la jerarquía de lo que le afecta —lo local/regional, lo nacional y lo global— y la cronología tripartita de las duraciones larga, coyuntural y corta, propuesta ya hace tiempo por Fernand Braudel. Es cierto que en una investigación no es posible atender a todo lo mencionado, pero al menos debería incluirse como perspectiva y aplicar marcos espaciales bien delimitados, aspecto que no se ha comenzado a estudiar hasta hace una década. Otra ausencia en nuestro campo es en gran medida la historia comparativa por temas, espacios y áreas. Sería deseable que se fomentaran trabajos comparativos con colegas o alumnos latinoamericanos para el estudio de temas europeos vinculados con otros latinoamericanos de su conocimiento. Por el deber principal que tienen asignado los profesores de historia de ser buenos maestros, les incumbe promover este tipo de trabajos, que al mismo tiempo fomentarán el pensamiento multidimensional para evitar recaer en fanatismos o nacionalismos del pasado.

---

[24] Cfr. Richard E. W. Adams y Murdo J. Mac Leod (eds.), *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*, vol. 2, partes 1 y 2, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

BIBLIOGRAFÍA

ADAMS, R. E. W., y MAC LEOD, M. J. (eds.), *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas,* vol. 2, partes 1 y 2, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

ALBERTINI, R. VON (ed.), *Europäische Kolonialherrschaft 1880-1940,* Zürich, Atlantis, 1976.

— (ed.), *Moderne Kolonialgeschichte,* Köln y Berlin, Kiepenheuer & Witsch, 1970.

AMIN, S., *El capitalismo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós, 1999.

ANDERSON, P., *El nuevo viejo mundo,* Madrid, Akal, 2012.

ANTOGNAZZI, I.; RODRÍGUEZ, A.; KAN, J., y REDONDO, N. (comps.), *El pensar y el hacer en Nuestra América. A doscientos años de las guerras de independencia*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011.

BALÁN, J. (comp.), *Las historias de vida en ciencias sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.

BAUMAN, Z., *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa, 2011.

BAYARD, P., *Comment parler des livres que l'on n'a pas lus?,* Paris, Editions de Minuit, 2007.

— *Comment parler des lieux où l'on n'a pas été,* Paris, Editions de Minuit, 2012.

BARÓN, F., «Brasil va a por todas», *El País*, 11 de octubre de 2009, Sección Negocios, pp. 2-5.

BARTH, B., y OSTERHAMMEL, J. (eds.), *Zivilisierungsmissionen. Imperiale Weltverbesserung seit dem 18. Jahrhundert,* Konstanz, UVK-Verlagsgesellschaft, 2005.

BEHAR, R., *Translated Woman: Crossing the Border with Esperanza's Story,* Boston, Beacon Press, 2003.

BENJAMIN, W., *Tesis sobre la historia y otros fragmentos,* México, Itaca-UACM, 2008.

BENTON, L., *A Search for Sovereignty. Law and Geography in European Empires, 1400-1900,* Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

BERNECKER, W. L.; BUVE, R. T.; FISHER, J. R.; PIETSCHMANN, H., y WERNER TOBLER, H. (eds.), *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, 3 vols., Stuttgart, Klett-Cotta, 1994-1996.

BITTERLI, U. (ed.), *Die «Wilden» und die «Zivilisierten». Grundzüge einer Geistes- und Kulturgeschichte der europäisch-überseeischen Begegnung,* München, Beck, 2004.

BLOCH, E., «Autopercepción intelectual de un proceso histórico», *Anthropos,* núms. 146-147, julio-agosto de 1993.

— *El principio esperanza,* 3 vols., Madrid, Trotta, 2004-2007.

BOURGUIGNON, F., *La mondialisation de l'inegalité*, Paris, Editions du Seuil, 2012.

BRAIG, M., y HUFFSCHMID, A. (eds.), *Los poderes de lo público. Debates, espacios y actores en América Latina,* Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2009.

BRAUDEL, F., *Las ambiciones de la historia,* Barcelona, Crítica, 2002.

BRYSON, B., *A short History of Nearly Everything*, New York, Broadway Books, 2003.

BUDDE, G.; CONRAD, S., y JANZ, O. (eds.), *Transnationale Geschichte. Themen, Tendenzen, Theorien,* Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006.

CAETANO, G., «El cambio en la fragmentación. América Latina y su panorama político actual: una visión global», en J. RODRÍGUEZ E. y H. CASANUEVA (eds.), *¿Qué pasa con América Latina? Realidad política y económica de nuestra región,* Santiago, A. Bello, 2008.

CARLYLE, T., *Past and Present,* London, New York, Toronto, Oxford University Press, 2009.

CARMAGNANI, M., *Las islas del lujo. Productos exóticos, nuevos consumos y cultura económica europea, 1650-1800,* México-Madrid, El Colegio de México, Marcial Pons Historia, 2012.

CAVIERES, E. (ed.), *Conversaciones en Lima. La historia como instrumento de integración chileno-peruana*, Valparaíso, Pontificia Universidad católica de Valparaíso, 2013.

CHIARAMONTE, J. C.; MARICHAL, C., y GRANADOS, A. (comps.), *Crear la Nación. Los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008.

COFFIN, J. G., y STACEY, R., *Breve historia de Occidente. Las civilizaciones y las culturas,* trad. de Carmen Martínez Gimeno y Dulcinea Otero-Piñeiro, Barcelona, Planeta, 2012.

CONRAD, S. (ed.), *Globalisierung und Nation im Deutschen Kaiserreich,* München, Beck, 2006.

CONRAD, S.; ECKERT, A., y ULRIKE, F. (eds.), *Globalgeschichte. Theorien, Ansätze, Themen,* Frankfurt am Main, Campus, 2007.

CONRAD, S., y RANDEIRA, S. (eds.), *Jenseits des Eurozentrismus. Postkoloniale Perspektiven in den Geschichts- und Kulturwissenschaften,* Frankfurt am Main, Campus, 2002.

DAVIES, N., *Vanished Kingdoms,* London, Penguin Books, 2012.

«Declaración de El Colegio de México. Las revistas de historia en el mundo de habla hispana y portuguesa», en *Historia Mexicana*, vol. LX, núm. 1, julio-septiembre de 2010, núm. 237, pp. I- XIX.

DEHESA, G. DE LA, *Comprender la globalización*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

DERMAN, E., *Models. Behaving. Badly. Warum die Verwechlung von Theorie und Wirklichkeit zum Desaster führt - im Leben und am Finanzmarkt,* Hamburg, Hoffmann & Campe, 2013.

DIAMOND, J., *Guns, Germs, and Steel. The Fate of Human Societies*, New York, W. W. Norton & Company, 1997.

— *Collapse. How Societies Choose to Fail or Succeed*, New York, Viking, Penguin Group, 2005.

DÍAZ DE RADA, A., *Etnografía y técnicas de investigación antropológica,* Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2005.

DÍAZ POLANCO, H., *Autonomía regional. La autodeterminación de los pueblos indios*, México, Siglo XXI, 1991.

DYKMANN, K., «Philantropic Endeavors or the Exploitation of an Ideal? The Human Rights Policy of the Organization of American States in Latin America (1970-1991)», *Bibliotheca Ibero-Americana*, vol. 101, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 2004.

ECHEVARRÍA BACIGALUPE, M. Á., *En los orígenes del espacio global*, Madrid, La Catarata, 2013.

EDELMAYER, F.; FELDBAUER, P., y WAKOUNING, M. (eds.), *Globalgeschichte 1450-1620. Anfänge und Perspektive,* Wien, Beck, 2002.

EGLAUER, M. (ed.), *Wahrnehmung des Fremden. Die Rolle des Westens beim Modernisierungsprozess in China,* Stuttgart, Breuninger-Stiftung, 2005.

ENGEL, U., y MIDDELL, M. (eds.), *Bruchzonen der Globalisierung,* Leipzig, Leipziger Universitäts-Verlag, 2005.

«Epistolario de Rolando Mellafe Rojas». Selección y notas de María Teresa GONZÁLEZ P., en *Fuentes para la Historia de la República,* vol. 25, Santiago de Chile, DIBAM, 2005.

ESTEFANÍA, J., *La economía del miedo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012 (3.ª ed.).

FEBVRE, L., *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais,* Madrid, Akal, 1993.

FELBER, Ch., *La economía del bien común. Un modelo económico que supera la dicotomía entre capitalismo y comunismo para maximizar el bienestar de nuestra sociedad*, Barcelona, Ediciones Deusto, 2012.

FELDBAUER, P.; LIEDL, G., y MORRISEY, J. (eds.), *Vom Mittelmeer zum Atlantik. Die mittelalterlichen Anfänge der europäischen Expansion,* Wien-München, Verlag für Geschichte und Politik, 2001.

FERGUSON, N., *Money and Power in the Modern World, 1700-2000,* New York, Basic Books, 2001.

FERNÁNDEZ DE SOTO, G., y PÉREZ HERRERO, P. (coords.), *América Latina: sociedad, economía y seguridad en un mundo global,* Madrid, IELAT-Marcial Pons, 2013.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, Madrid, Fundación Carolina, 2009.

FISCHER, W. (ed.), *Expansion, Integration, Globalisierung. Studien zur Geschichte der Weltwirtschaft,* Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1998.
FONTANA, J., *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado y Presente, 2011.
FUKUYAMA, F., *El fin de la historia y el último hombre,* Buenos Aires, Planeta, 1992.
GALLEGO-DÍAZ, S., «Ansia de liderazgo», *El País*, 11 de octubre de 2009, Sección Negocios.
GALLINO, L., *La lotta di classe dopo la lotta di classe*, Bari, Laterza, 2012.
GARCÍA FERRANDO, M.; IBÁÑEZ, J., y ALVIRA, F., *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación,* Madrid, Alianza Universidad, 1986.
GARCÍA GUTIÉRREZ, A., *Pensar en la transcultura,* Madrid, Plaza y Valdés, 2011.
GILPIN, R., *The political economy of international relations*, Princeton, Princeton University Press, 1987.
GONZÁLEZ, F., *Mi idea de Europa*, Barcelona, RBA, 2010.
GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Memoria e historia. Vademécum de conceptos y debates fundamentales,* Madrid, La Catarata, 2013.
GRANDNER, M., y KOMLOSY, A. (eds.), *Vom Weltgeist beseelt. Globalgeschichte 1700-1815,* Wien, Pro Media, 2003.
GRANOVETTER, M., «The strength of weak ties», *American Journal of Sociology*, 1973, núm. 4, pp. 1360-1380.
GRÜNDER, H. (ed.), *Eine Geschichte der europäischen Expansion. Von Entdeckern und Eroberern zum Kolonialismus,* Stuttgart, Theiss, 2003.
— (ed.), *Welteroberung und Christentum. Ein Handbuch zur Geschichte der Neuzeit,* Gütersloh, Mohn, 1992.
GUIBERNAU, M., *Los nacionalismos*, Barcelona, Ariel, 1996.
HARDING, L. (ed.), *Geschichte Afrikas im 19. und 20. Jahrhundert,* München, Oldenbourg, 2006.
HARVEY, D., *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Madrid, Akal, 2013.
HAUPT, H.-G., y KOCKA, J. (eds.), *Geschichte und Vergleich. Ansätze und Ergebnisse international vergleichender Geschichtsschreibung,* Frankfurt am Main, Campus, 1996.
HEGEL, G. W. F., *Lezioni sulla filosofia de la historia (1840)*, Laterza, Bari, 2012.
HELD, D., *Democracy and the global order*, Stanford, Stanford University Press, 1995.
— *Un pacto global*, Madrid, Taurus, 2005.
HEYDEN, U. VAN DER (ed.), *Missionsgeschichte, Kirchengeschichte, Weltgeschichte. Christliche Missionen im Kontexkt nationaler Entwicklungen in Afrika, Asien und Ozeanien,* Stuttgart, Steiner, 1996.
HOBSBAWM, E., *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007.
HUNTINGTON, S., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración de orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997.
— *Political order in changing societies,* prólogo de Francis Fukuyama, New Haven, Conn., Yale University Press, 2006.

IGGERS, G. G.; Wang, Q. D., y MUKHERJEE, S., *Geschichtskulturen. Weltgeschichte der Historiografie von 1750 - heute. Aus dem Englischen übersetzt von Susanne Hornfeck und Andrea Ott,* Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2013.

JARA, A., «Salario en una economía caracterizada por las relaciones de dependencia personal», en *Guerra y sociedad en Chile*, 5.ª ed., Santiago, Editorial Universitaria, 1990.

JELLINEK, G., *Teoría general del Estado,* Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2012.

KALDOR, M., *Global civil society. An answer to war*, Cambridge, Polity Press, 2003.

KENNEDY, P., *Preparing for the twenty-first century*, Milan, Garzanti, 2001.

KLEIN, T. (ed.), *Geschichte Chinas. Von 1800 bis zur Gegenwart,* Paderborn, Schöningh, 2007.

KOSCHORKE, K. (ed.), *«Christen und Gewürze». Konfrontation und Interaktion kolonialer und indigener Christentumsvarianten,* Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1998.

— (ed.), *Transkontinentale Beziehungen in der Geschichte des Außereuropäischen Christentums,* Wiesbaden, Harrassowitz, 2002.

KRAUZE, E., *Redentores. Ideas y poder en América Latina*, Barcelona, Debate, 2011.

KUPCHAN, C. A., *No One's World: The West, the Rising Rest, and the Coming Global Turn,* New York, Oxford University Press, 2012.

LANDWEHR, A., y STOCKHORST, S. (eds.), *Einführung in die europäische Kulturgeschichte,* Paderborn, Schöningh, 2004.

LIRA, A. (ed.), *Exilio político y gratitud intelectual. Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-1946),* México, El Colegio de México, 2012.

LIRA, A., y ENRÍQUEZ PEREA, A. (eds.), *Silvio Zavala. Primeras jornadas, 1931-1937,* México, El Colegio de México, 2009.

LÓPEZ AGUILAR, J. F., *La socialdemocracia y el futuro de Europa*, Madrid, La Catarata, 2013.

LUKACS, J., *El futuro de la historia*, Madrid, Turner, 2011.

MANN, M., *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Madrid, Alianza Universidad, vol. 1, 1991; vol. 2, 1997.

— (ed.), *Indien. Geschichte vom 18. bis 21. Jahrhundert,* Paderborn, Schöningh, 2005.

MARINAS, J. M., y SANTAMARÍA, C., *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993.

MARSH, D., *The Euro. Politics of the new global currency,* New Haven, Conn., Yale University Press, 2009.

MARX, C. (ed.), *Geschichte Afrikas. Von 1800 bis zur Gegenwart,* Paderborn, Schöningh, 2004.

MAYER, A., y PÉREZ HERRERO, P. (coords.), *Los amerindios en la narrativa occidental,* Madrid, Marcial Pons-IELAT, 2010.

MAZOWER, M., *Governing the world. The history of an idea*, New York, Penguin Press, 2012.

MENZEL, U., *Das Ende der Dritten Welt und das Scheitern der großen Theorie,* Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1992.

MEIßNER, W. (ed.), *China zwischen nationalem «Sonderweg» und universaler Modernisierung. Zur Rezeption westlichen Denkens in China,* München, Fink, 1994.

MIRANDA, B., «Popularidad de Rousseff cae 27 puntos tras protestas», *La Tercera*, Santiago, 30 de junio de 2013, p. 34.

MOLS, M. (ed.), *Integración y cooperación en América Latina,* Mainz, Institut für Internationale Solidarität, Konrad-Adenauer-Stiftung, 1981, pp. 57-117.

MORENO OLMEDO, A., *La familia popular venezolana*, Caracas, Centro de Investigaciones Populares, 1997.

— *Buscando padre. Historia de vida de Pedro Luis Luna*, Caracas, Universidad de Carabobo, 2002.

— *Y salimos a matar gente. Investigación sobre el delincuente venezolano violento de origen popular*, 2 vols., Caracas, Universidad de Zulia, 2007.

MORENO OLMEDO, A., *et al., Historia de vida de Felicia Varela,* Caracas, Fondo Editorial CONICIT, 1998.

MOSLEY, L., *Global capital and national governments*, New York, Cambridge University Press, 2003.

NOLTE, H.-H. (ed.), *Weltgeschichte. Imperien, Religionen und Systeme. 15.-19. Jahrhundert,* Wien, Böhlau, 2005.

OCDE, «Medium and long-term scenarios for global growth and imbalances», *Economic Outlook*, vol. 2012/1, pp. 190-224.

OSTERHAMMEL, J. (ed.), *China und die Weltgesellschaft. Vom 18. Jahrhundert bis in unsere Zeit,* München, Beck, 1989.

— (ed.), *Geschichtswissenschaft jenseits des Nationalstaates. Studien zur Beziehungsgeschichte und Zivilisationsvergleich,* Göttingen, Vandenhoeck& Ruprecht, 2001.

— (ed.), *Kolonialismus. Geschichte - Formen - Folgen,* München, Beck, 2006.

OSTERHAMMEL, J., y PETERSSON, N. P. (eds.), *Geschichte der Globalisierung. Dimensionen, Prozesse, Epochen,* München, Beck, 2007.

OSTROGORSKI, M., *La democracia y los partidos políticos*, Madrid, Trotta, 2008.

PERDICES DE BLAS, L., y SÁNCHEZ HORMIGO, A., *500 años de economía a través de los libros españoles y portugueses - 500 Years of Economic Writing in Spanish and Portuguese. Catálogo de exposición,* Madrid, Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, 2007.

PÉREZ HERRERO, P., *América Latina y el colonialismo europeo (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, Síntesis, 1992.

— *La América colonial (1492-1763). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2002.

— (ed.), *La «izquierda» en América Latina*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2006.

— *Historia contemporánea de América Latina 1950-1980. Auge y caída de la autarquía*, Madrid, Síntesis, 2007.

— «Las independencias americanas. Reflexiones historiográficas con motivo del Bicentenario», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 32 (2010), pp. 51-72.
— «México y sus revoluciones desde la atalaya de 2010», ponencia presentada en el Seminario Internacional «A dos siglos de las revoluciones de independencia: los contextos de los centenarios y los bicentenarios (Argentina y México)», Gandía, Universidad de Valencia (España), 20-22 de octubre de 2010 (en prensa).
— «Identidades cruzadas en un mundo universalizado, 1810-2010», en A. de Miguel (coord.), *América Latina 1810-2010. 200 años de historias,* Madrid, Biblioteca Nacional de España, Acción Cultural Española, 2011, pp. 87-101.
Pérez Herrero, P.; Naranjo, C., y Casanovas Codina, J., *La América Española (1763-1898). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2008.
Pérez Herrero, P., y Simón Ruiz, I. (eds.), *El liberalismo. La creación de la ciudadanía y los estados nacionales occidentales en el espacio atlántico (1787-1880),* Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2010.
Pescosolido, B. A., y Rubin, B. A., «The web of group affiliations revisited: social life, postmodernism, and sociology», *American Sociological Review*, 2000, núm. 1, pp. 52-76.
Peyrefitte, A., *La sociedad de la confianza*, Santiago, A. Bello, 1996.
Pietschmann, H., «La historia de América Latina como subdisciplina histórica», en *Diálogo Científico* (Tubinga), vol. 9, núm. 1/2, 2000, pp. 9-43.
— «Historia latinoamericana en relación con las ciencias históricas», en Shozo Masuda (ed.), *Estudios Latinoamericanos en Alemania y Japón,* Tokio, Fundación para el Desarrollo de la Etnología, 2000, pp. 113-135.
— «Historiografía sobre la Iglesia en América Latina», en P. Luis Ferroggiaro y Víctor Manuel Ochoa Cadavid (coords.), *Los últimos cien años de la evangelización en América Latina. Centenario del Concilio Plenario de América Latina*, Simposio Histórico, Ciudad del Vaticano, 21-25 de junio de 1999, Actas, Ciudad del Vaticano, Pontificia Commissio pro América Latina, 2000, pp. 1145-1161.
Polanyi, K., *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo (1944),* México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
Portillo Valdés, J. M., *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Ambos Mundos, Fundación Carolina-Marcial Pons, 2006.
Reinhard, W. (ed.), *Die Verstaatlichung der Welt? Europäische Staatsmodelle und außereuropäische Machtprozesse,* München, Oldenbourg, 1999.
— (ed.), *Geschichte der Europäischen Expansion,* 4 vols., Stuttgart, Kohlhammer, 1983-1990.
— (ed.), *Kleine Geschichte des Kolonialismus,* Stuttgart, Kröner, 2008.
Rifkin, J., *La tercera revolución industrial. Cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*, Barcelona, Paidós, 2012.

RIVAS RIVAS, A. M. (ed.), *Familias transnacionales colombianas. Transformaciones y permanencias en las relaciones familiares y de género*, Madrid, La Catarata, 2009.

RODRÍGUEZ O., J. E. (ed.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América,* Madrid, Fundación MAPFRE Tavera, 2005.

ROJAS, R., *Las Repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Madrid, Taurus, 2009.

ROSANVALLON, P., *La sociedad de iguales*, Barcelona, RBA, 2012.

RUIZ FRANCO, R. (ed.), *Pensar el pasado. José María Jover y la historiografía española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.

SÁNCHEZ LEÓN, P., e IZQUIERDO MARTÍN, J. (eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008.

SARTORI, G., *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Madrid, Taurus, 2001.

SCHAUB, J. F., *¿Tiene Europa una historia?,* Madrid, Akal, 2013.

SCHMALE, W. (ed.), *Kulturtransfer. Kulturelle Praxis im 16. Jahrhundert,* Innsbruck, Studien-Verlag, 2003.

SCHULIN, E. (ed.), *Universalgeschichte,* Köln, Berlin, Kiepenheuer & Witsch, 1974.

SIMMEL, G., «Comment les formes sociales se mantiennent», *L'Anne Sociologique*, 1896-1897, pp. 71-109.

— «The web of group affiliations» (1904), en K. H. WOLFF y R. BENDIX (comps.), *Conflict and the web of group affiliations,* New York, Free Press, 1955.

SMITH, A., *La riqueza de las naciones* (1776), México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

SPENCE, M., *The next convergence. The future of economic growth in a multispeed world,* New York, Farrar, Strauss and Giroux, 2010.

STEARNS, P. N., *Una nueva historia para un mundo global. Introducción a la «World History»*, Barcelona, Crítica, 2012.

TORRES, R., *Yo, Mohamed. Historias de inmigrantes en un país de emigrantes*, Madrid, Temas de Hoy, 1995.

URQUIZU, I., *La crisis de la socialdemocracia: ¿qué crisis?,* Madrid, La Catarata, 2011

VALLE DE FRUTOS, S., *Cibercultura y civilización universal. Hacia un nuevo orden cultural*, Barcelona, Erasmus Ediciones, 2010.

VARGAS, M. D., y ESCARTÍN, M. J., «Testimonios vivos. La diferencia cultural determinante en la realidad de la inmigración», en A. KAPLAN (coord.), *Procesos migratorios y relaciones interétnicas*, Zaragoza, 1996, pp. 139-144.

VÉLIZ, C., *Los dos mundos del Nuevo Mundo. Cultura y Economía en Angloamérica e Hispanoamérica* (1994), Santiago de Chile, Tajamar, 2011.

WENDT, R. (ed.), *Vom Kolonialismus zur Globalisierung. Europa und die Welt seit 1500,* Paderborn, Schöningh, 2007.

WOOLF, D. (ed.), *The Oxford History of Historical Writing,* 5 vols., New York, Oxford University Press, 2011-2012.

ZWEIG, S., *Brasil, país de futuro,* Madrid, Capitán Swing Libros, 2012.

SOBRE LOS AUTORES

WALTHER L. BERNECKER. Estudios de Historia, Hispanística y Germanística (Filología Iberorrománica) en la Universidad de Erlangen-Nürnberg (1967-1973). Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Berna, Suiza (1988-1992). Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Erlangen-Nürnberg (desde 1992). Sus campos de trabajo son la historia contemporánea de España y América Latina. *sekretariat.ar@wiso.uni-erlangen.de*.

MARCELLO CARMAGNANI. Fue catedrático de Historia de América Latina en la Universidad de Turín y profesor investigador de El Colegio de México. Es responsable científico de la Fondazione Luigi Einaudi de Turín. Sus intereses científicos son la participación de América Latina y de Europa en la historia mundial, como se aprecia en sus libros recientes: *El otro Occidente. América Latina desde la invasión ibérica hasta la globalización*, publicado en castellano, italiano e inglés; *Las islas del lujo. Productos exóticos, nuevos consumos y cultura económica europea, 1650-1700*, publicado en castellano e italiano, y *Pietro Verri y la cultura económica europea, siglo XVIII*. *mkarmag@tin.it*.

EDUARDO CAVIERES FIGUEROA. Profesor de Historia y Geografía en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile). Magíster en Historia por la University of Wisconsin-Madison (Estados Unidos), doctor en Historia por la Universidad de Essex (Gran Bretaña). Premio Nacional de Historia (Chile, 2008) por sus aportes a la historia económica chilena de los siglos XVIII y XIX, así como a la historia regional andina. Sus líneas de investigación y docencia son la historia social, la historia económica, la historia de Chile y la historia de América Latina. Es reconocida su activa participación en seminarios para la formación de nuevos historiadores. *ecaviere@ucv.cl*.

PEDRO PÉREZ HERRERO. Catedrático de Historia de América en la Universidad de Alcalá. Doctor en Historia por El Colegio de México (México) y la Universidad Complutense de Madrid (España). Miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Historia. Director del Máster Universitario *América Latina y la Unión Europea: una Cooperación Estratégica*, y del Doctorado *América Latina y la Unión Europea en el contexto internacional,* ofrecidos por la Universidad de Alcalá. Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la UAH. Autor de diversas publicaciones sobre la historia y la realidad actual de América Latina. *pedro.perezherrero@uah.es*.

HORST PIETSCHMANN. Profesor retirado de Historia de la Universidad de Hamburgo. Estudió Lenguas Románicas, Filosofía e Historia en la Universidad de Colonia, así como en México y Sevilla. Doctor en Historia por la Universidad de Colonia. Ha sido director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Hamburgo; presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA); miembro del Academic Senate de la Universidad de Hamburgo, y director del Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Hamburgo. Miembro de la Real Academia de la Historia (España); Academia Chilena de la Historia (Chile); Academia de Geografía e Historia de Guatemala; Academia Nacional de Historia de Argentina; Academia Mexicana de la Historia; y Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras (España). Ha recibido diferentes premios y reconocimiento internacionales. *hpietschmann@t-online.de*.